

**UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
FACULTAD DE EDUCACIÓN
PEDAGOGÍA EN ESPAÑOL**



Balance nacional de un imaginario roto: Memoria y retrato de los olvidados

SEMINARIO PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN EDUCACIÓN

Prof. Guía: Dr. Juan Cid Hidalgo

Seminaristas: Valentina Albornoz Toloza.
Marisol Castro Pavez

CONCEPCIÓN, 2015

Índice

| | |
|---|----|
| AGRADECIMIENTOS | 3 |
| | 4 |
| INTRODUCCIÓN. Cuestiones preliminares..... | |
| CAPÍTULO I | 8 |
| <i>El roto.</i> Acercamiento a la cuestión nacional..... | |
| El imaginario nacional en <i>El roto</i> de Joaquín Edwards Bello..... | 20 |
| 1.- La geografía, los lugares, la arquitectura y las cosas..... | 22 |
| 2.-La institucionalidad, el poder y sus herramientas..... | 30 |
| 3.- Los grupos, sus miembros, sus saberes y sus miedos..... | 38 |
| 3.1 Roto, Varón sin cuna..... | 39 |
| 3.2 Las mujeres, contención entre las faldas rotas..... | 44 |
| 3.3 Siervos de la gleba, criollos, mutación degradante en la urbe..... | 49 |
| 3.4 Clase media, esfuerzo y transfiguración..... | 51 |
| 4.- A modo de epílogo: recorrido remecedor de cima a base..... | 53 |
| CAPÍTULO II | |
| <i>Balance patriótico.</i> | |
| Especificación y estudio de los elementos de la balanza huidobriana..... | 56 |
| Reflexiones en torno a una virulencia política literaria..... | 64 |
| 1.- Los imaginados, los olvidados, los omitidos | 66 |
| 2.- El territorio, los límites, los otros lugares..... | 71 |
| 3.- La soberanía, los poderosos pasados, los presentes, las secuelas y las74 heridas | |
| 4.- La comunidad, sus vicios, sus ambiciones, sus grupos..... | 78 |
| CONCLUSIÓN: Cierre y proyecciones..... | 82 |
| BIBLIOGRAFÍA | 88 |

AGRADECIMIENTOS

Queremos dedicar el fruto de nuestro esfuerzo a nuestras familias por apoyarnos e inculcarnos el amor y la constancia en el estudio. Por confiar siempre en nosotras, incluso en los momentos más difíciles.

Además, queremos dar un especial agradecimiento a nuestro profesor guía Juan Cid Hidalgo por su paciencia y dedicación tanto en el ámbito académico como en lo humano. Él cual siempre confió en nuestro trabajo, dando palabras de aliento y correcciones oportunas. Por último, agradecer a nuestra universidad, exigente institución que nos permitió crecer como alumnas y profesionales durante estos cinco años, resultado que se plasma en este trabajo y en una bella amistad.

INTRODUCCIÓN: Cuestiones preliminares.

Balance nacional de un imaginario roto: Memoria y retrato de los olvidados es el análisis de los imaginarios nacionales presentes en *El roto* (1920) de Joaquín Edwards Bello y el ensayo *Balance Patriótico* (1925) de Vicente Huidobro. En esta investigación nos enfocaremos en la interacción de los conceptos: nación, imaginario, infame y roto, los cuales nos servirán para vislumbrar las construcciones de nación que han trabajado estos autores en sus textos.

Postulamos, que estos dos autores utilizan sus obras literarias como un dispositivo para dar a conocer un imaginario nacional divergente oculto por las elites del país. Imaginario que incluye un grupo de sujetos infames que no son protagonistas en ningún caso de la leyenda dorada promulgada por las autoridades nacionales. Edwards Bello y Huidobro, contra toda posibilidad de conseguir aceptación de sus dichos en los círculos sociales, se aventuran en realizar una crítica social de un país joven, ya sumido en vicios y enfermedades.

A través de un lenguaje filosófico y lleno de resentimientos, ambos autores nos llevan a conocer los elementos que componen la nación, dan voz a los acallados de siempre para exigir justicia y reivindicación. Si bien visibilizan a los marginados, lo hacen desde su sesgo elitista o de clase que claramente no es fácil olvidar. A pesar de esto, sus discursos resultan fuertes y valiosos para una época en la que se intentaba construir desde las ilusiones de erudición y modernidad.

Las realidades descritas por ambos escritores en los textos seleccionados publicados prácticamente hace cien años, siguen estando vigentes a pesar de haber cumplido el segundo centenario de la nación, en otras palabras, las ideas manifestadas y las imágenes descritas se asemejan bastante a la nación de hoy. Es por esto que nuestro objetivo general se sitúa en el análisis de la imagen de nación construida por Vicente Huidobro y Joaquín Edwards Bello en las obras *Balance Patriótico* y *El roto*. Para cumplir con este objetivo describiremos aquellas partes que constituyen la nación. Por ende, nuestros objetivos específicos se centran en el análisis, de los recursos retóricos ocupados por Vicente Huidobro y Joaquín Edwards Bello a la hora de construir sus imaginarios nacionales. Por supuesto que esto incluye una profunda reflexión en torno a los personajes que eligen para representarla.

En el apartado “*El roto*. Acercamiento a la cuestión nacional” se recorre la historia de la recepción de *El roto* en nuestro país, recogiendo las impresiones, críticas y reflexiones que surgieron desde la creación de dicho escrito. Además, este viaje por el pasado nos dará las claves para adentrarnos en el análisis profundo de la novela de Edwards.

El imaginario nacional en *El roto* de Joaquín Edwards Bello se describe la estructura textual y metafórica con que el autor edifica su nación instituyente. En él se explica a partir de qué elementos percibimos su imaginario nacional, situación que detallamos a partir de tres apartados. En primer lugar, “La geografía, los lugares, la arquitectura y las cosas” que demuestra como la descripción de los objetos y su ubicación contribuye en la configuración de una alma nación, el cómo se caracteriza un objeto o un lugar entrega percepciones de éstos, lo mismo puede verse en la vinculación que el personaje posee con los objetos, las relaciones de fetichismo con éstos o de rechazo.

En segundo lugar, nos enfrentamos a “La institucionalidad, el poder y sus herramientas”. Entendiendo por instituciones aquellas creadas para interactuar y

resguardar el bienestar del pueblo y por supuesto sus integrantes. En este apartado conoceremos a aquellos que se jactan de hacer valer la ley, una ley cortante y desigual para quien no puede pagar. Veremos cómo los que debieran trabajar en pos del progreso y el crecimiento de la nación, venden su tierra a pedazos con tal de ganar unos tristes pesos.

Para finalizar el capítulo, nos encontramos con “Los grupos, sus miembros, sus saberes y sus miedos” que entrega una visión amplia de los sujetos diversos que el autor considera o excluye dentro de la comunidad y las relaciones de equidad, inequidad o explotación que se genera entre ellos. También explica las relaciones de contaminación, purificación o resguardo que se da entre aquellos, además de describir sus estereotipos en función de la obra literaria y las relaciones humanas que construían.

El texto de Huidobro, por otro lado, es introducido en el segmento que lleva por nombre “Especificación y estudio de los elementos de la balanza huidobriana” en el cual nos abocamos a relatar y describir los conceptos-clave utilizados para trazar nuestra línea argumentativa. Además de explicitar las opiniones que han caído sobre la obra a lo largo de los años.

Siguiendo con lo anterior en el apartado “Reflexiones en torno a una virulencia política literaria” describiremos los recursos retóricos mediante los cuales se construye la nación a partir del texto *Comunidades Imaginadas* de Benedict Anderson. Texto que dará los márgenes de nuestro análisis, el cual estará dividido en cuatro partes, en las que se expondrán las características entregadas a la nación por el pensador irlandés.

En “Los imaginados, los olvidados, los omitidos”, nos encontramos con algunos rostros marginados de la visión nacional imperante, pero que en el texto poseen un lugar central para ser exhibidos. Nos topamos con aquellas personas que dan vida a la nación oculta, solitaria e ignorada. Huasos, enfermos y corruptos, son infames que dan vida al lado oscuro de un país que se disfraza así mismo de imperio. Tanto Huidobro como Edwards escriben desde la marginalidad (sin entenderla como sinónimo de pobreza, sino

como sinónimo de margen y de minoría ideológica), desde el vientre, desde el odio a una nación que no escucha al pueblo doliente morir de hambre. Además, aclaramos quiénes son olvidados dentro de la nación instituyente del ensayista, en otros términos, quiénes serían doblemente excluidos (Mujeres e indígenas).

En segundo lugar, con “El territorio, los límites, los otros lugares” pretendemos hacer notar la percepción del sujeto imaginante respecto del territorio físico del que es parte y de los lugares que lo rodean (países limítrofes). Lo mismo ocurrirá con los sitios geográficos que no son parte de su mapa imaginado, ya sea porque están omitidos o porque dejaron de pertenecer al Chile territorial.

En un tercer momento, “La soberanía, los poderosos pasados, los presentes, las secuelas y las heridas” rememoraremos las repercusiones de un pasado colonial y sus consecuencias en la esfera social y cultural, evaluando las capacidades aptitudinales del gobierno, a partir del desempeño de los tres poderes del estado. Sin embargo, creemos necesario referirnos también al denominado cuarto poder que se le atribuye a la prensa, mismo medio por el cual circuló el ensayo del destacado poeta creacionista.

En el apartado “La comunidad, sus vicios, sus ambiciones, sus grupos”, describimos la nación como un cuerpo enfermo que agoniza en la ignorancia, el hambre, el resentimiento y la violencia. Una comunidad que no encaja en la visión que los poderosos quieren instaurar de Chile, donde la humanidad es diseccionada para mostrar el alma de aquellos que se cree sin nombre y sin espíritu. Vemos cómo el pueblo, a pesar de sus miedos, de la rudeza y frialdad de su medio, se ve obligado a la resiliencia que lo hace convertirse en seres dignos de perdón y compasión.

Por último, en las conclusiones de la investigación, tenderemos puentes entre el texto de Edwards Bello y Huidobro para evidenciar esa especie de conciencia social que emana de ambos ejercicios de escritura. Esperamos que *Balance nacional de un imaginario roto: Memoria y retrato de los olvidados* sirva para evaluar y volver a pensar

el estado de la cuestión de Chile sobre todo en momentos que echamos de menos un debate intelectual respecto del país que somos y que queremos.



CAPÍTULO I:
El roto. Acercamiento a la cuestión nacional



Era 1920, fecha en la que Chile se encontraba aún en pleno festejo de su centenario bajo un ambiente de revalúo colectivo respecto a la situación país. Es precisamente en este contexto cuando Joaquín Edwards Bello, un cosmopolita aristócrata y reconocido cronista, decide publicar desde Francia, su tan polémica novela *El roto*. Sin duda alguna, *El roto* no pasaría inadvertida tanto en los círculos políticos como en la esfera literaria, es más, en los sectores letrados y acomodados del país la novela provocaría una incomodidad que no tardaría mucho en hacerse pública.

La crítica de la época fue bastante tibia al referirse a la obra de Edwards. Un claro ejemplo de esto es el artículo de Claudia Darrigrandi “Gente que uno ve pasar sin dejar huella: el roto en las portadas de la novela de Joaquín Edwards Bello” (2015), en él nos encontramos con una apreciación de Pedro Nolasco Cruz que fue escrita al mes siguiente de la publicación de la obra. El crítico chileno postula que: “Las dotes de observación de Edwards Bello son superficiales, no pasan de lo exterior y aparente. Carece de penetración psicológica. Sus personajes son poco variados, gente que uno ve pasar sin dejar huella y que al punto se confunden en la muchedumbre” (2015: 73). Evidentemente, nadie pretende conservar a estos personajes en la memoria nacional, más aún cuando son testimonio de la precariedad y la ignorancia de un territorio que intenta colgarse de las faldas del desarrollo. El comentario de Nolasco deja en evidencia que, para la clase letrada, el pueblo y el roto de Edwards no son más que seres efímeros y que, por lo tanto, poco importa lo que a ellos suceda. Y si vamos un poco más profundo, podemos reflexionar sobre el lenguaje de Nolasco Cruz, el cual evidencia que los personajes de *El roto* no tienen ideas, ni pensamientos, ni sentimientos, son solo una masa que se mueve por los arrabales.

La efervescencia que esta publicación provocó en los círculos aristocráticos se ve manifestada de forma paralela en la crítica. Torres Rioseco, citada en la obra *El naturalismo en la novela chilena* (1966) de Vicente Urbistondo, asevera que Edwards Bello repleta sus obras de comentarios morales y/o éticos que embiste contra “(...) clases sociales enteras, países, instituciones culturales, hombre e ideas, olvidando por completo, en su

enajenación polémica de que está escribiendo una novela” (1966: 121). Hablamos entonces de un escritor que utiliza el papel como una vasija en la cual depositar todo un inconformismo del cual es espectador. Esto a sus ojos era una cruel verdad que debía salir a flote.

En resumidas cuentas, para la crítica Edwards Bello no sería un autor objetivo ya que, como decíamos en el párrafo anterior, sus escritos están plagados de críticas, pensamientos, indignación, y otras inquietudes que fácilmente son atribuidas por los hombres de letras a caprichos personales del autor. De hecho, Urbistondo manifiesta que existe un cierto exhibicionismo en su prosa, que sería producto de una extraordinaria necesidad de expresión, pero que aun así sigue ajustándose a las normas del naturalismo sin seguirlas al pie de la letra. De hecho, este mismo crítico categoriza la obra como representativa de un “naturalismo no anticuado” a diferencia de la novela *El inútil* que sí lo es, según la visión del crítico. No obstante, éste no pasa por alto la “tendencia escatológica del autor”. Esta calificación refiere, según interpretamos, a la fuerte exposición de la inmundicia líquida que fluía por un Chile que terminó siendo una alcantarilla eterna, cuya fuga más grande se situaba en la Estación Central. En este lugar las enfermedades representan una característica más de las personas, una forma de designarlos y reconocerlos como seres residuales.

Antiacademicista, es otro adjetivo que ha caído sobre sus letras; “se le ha llamado defectuoso y también bárbaro, la mayoría de las veces sin especificar cuáles son sus defectos como hace hasta en cierta parte Hernán Díaz Arrieta al referirse al uso que hace el escritor de ‘palabras bajas’ y a sus ‘sentencias arbitrarias’” (Urbistondo, 1966: 125). Apoyando la negatividad de Alone, está Marta Brunet quien –al decir de Andrea Kottow en su artículo “Machos, lachos, padres e hijos en la obra de Joaquín Edwards Bello” (2009)-, manifestando que existen “períodos largos cansan de inutilidad algunos capítulos” (citado por kottow, 2009: 135). Este cansancio se produciría a raíz de que el narrador omnisciente de *El roto* ahoga un poco las acciones de los personajes con comentarios y datos de la

época que aparentemente podrían titularse de innecesarios, pero son éstos precisamente los que dan una arista de crítica social a las narraciones de la obra del destacado cronista. Así lo entiende el escritor Francisco Coloane quien en su presentación de las *Obras escogidas de Joaquín Edwards Bello* hace un resumen de esta situación apuntando:

El profesor Rojas definió en el mencionado coloquio- sobre la novela en la Universidad de Chile- a la novela *El roto* como una denuncia social que no fue aceptada por la sociedad de su época. De ahí las críticas que se encarnaron especialmente con la de Pedro Nolasco Cruz que consideró esa novela como “un ataque a las buenas costumbres y la religión católica”. Le atribuyó nada más que defectos, y las observaciones y personajes los calificó de superficiales, de datos con mayor o menor colorido. Al contrario de esos juicios, la novela “El roto”, vino a hurgar en las lacras de aquel tiempo y su denuncia social tiene tal vigor que tiene una vigencia permanente, mientras el ser humano no mejore las condiciones sociales y materiales (Coloane, 1971: 17).

El roto es una novela que hace despertar, tanto así que Urbistondo escribe respecto a esta obra que “(...) los exacerbamientos de estas descripciones tienen a menudo el impacto de una bofetada en la sensibilidad del lector, lo cual suele disfrazar la objetividad de ellas, sin menoscabarla verdaderamente” (1926: 152). A raíz de lo anterior, nos aventuramos a decir que el motivo de *El roto* es precisamente provocar un impacto, una incomodidad en el lector que lo despierte y lo haga reflexionar en torno a las desigualdades de este país. Si bien Joaquín Edwards Bello nunca estuvo inclinado de forma acérrima a una postura ideológica, sino más bien escribía lo que sentía y pensaba de forma bastante libre, mostraba una inconformidad en general con el país que lo vio nacer, en especial con la clase dirigente, a la cual increpaba de diversas formas en sus escritos. El mismo crítico vuelve a comentar, esta vez en términos negativos, pues habla de “predica innecesaria” y no ve con buenos ojos su página de porcentajes estadísticos que da cuenta de la mísera e hipócrita realidad nacional.

La sensación de despertar no solo es propia de esta novela, pues varios escritores contemporáneos al autor quisieron zarandear a los lectores y hacerlos ver la realidad latente

tras los imaginarios nacionales. De esto se percató José Promis, quien en su artículo “En torno a la nueva novela hispanoamericana: reubicación de un concepto” (1977), incluye a Edwards Bello y a sus novelas en una generación a la cual llama generación de la descristalización la cual es contextualizada de la siguiente manera:

En Chile, al igual que en el resto de Hispanoamérica, el siglo XX se inaugura con la hegemonía del programa de la novela de la descristalización impuesto por el naturalismo literario. Iniciado a fines del siglo XIX, este programa asigna a la novela una utilidad social específica: colaborar al conocimiento y la corrección de los errores y desequilibrios humanos y sociales que el novelista descubre en la realidad de sus lectores (Promis, 1977: 925).

De esta manera, *El roto* tendría la función social de corregir las actitudes inmorales propias de la población nacional, atacando, en especial, a la clase política. Para Promis, Edwards sería un desmitificador de los relatos nacionales, para así lograr avanzar mediante una verdadera conciencia nacional. Esto queda resumido en la siguiente afirmación del crítico:

En este aspecto, el discurso de Joaquín Edwards Bello se presenta como el gran descristalizador de los mitos románticos de fin de siglo. El texto de *El roto* (1920), por ejemplo, destruye la figura del "roto" como símbolo nacionalista de los valores de la chilenidad y el de *La chica del Crillón* (1935) desempeña una función similar a la que exhibía *Casa Grande*, pero focalizándose de preferencia en el mundo de los arribistas burgueses de Santiago (Promis, 1977: 927).

Con respeto a la aristocracia, no podemos dejar de mencionar que Edwards no era ajeno a ese mundo, el escritor desde su nacimiento se vio rodeado de los más altos círculos de la *socialité*. Los críticos literarios se valieron de su condición económica para cuestionar su calidad de crítico social y observador objetivo, arguyendo que no era más que un hombre adinerado jugando a interpretar al pueblo. Este prejuicio de clase parece mantenerse hasta nuestros días, a pesar de que Edwards Bello terminó siendo repudiado

por su clase de origen y es pertinente agregar que su capital heredado se terminó evaporando como costo de una vida bohemia que incluyó apuestas y prostitutas.

El doctor en filosofía y catedrático de literatura hispanoamericana de la Universidad de California, Arturo Torres Rioseco, asume esta crítica en su libro *Novelistas Contemporáneos*, exponiendo que “lo más notable en este aristócrata de pura cepa es su amor por el bajo pueblo, sino genuino por lo menos enfático en su forma, que le hace preferir las cantinas baratas y las mujeres gordas, fregonas y con su poco de sangre araucana” (Torres Rioseco, 1939: 272). Tal vez este interés de Edwards de retratar a los rotos que menciona Torres Rioseco tenga que ver con la relación tormentosa que vivió desde joven con los sujetos de su clase, al verse marginado y muchas veces silenciado podría haberse visto reflejado en los ojos oscuros y redondos de la gente que habita el lado polvoriento y sucio del gran Santiago.

Otros críticos fueron más duros con el autor de *El roto*, afirmando que la visión de Edwards se estructuraba desde un palco que le adjudica su clase social y que denigra al sector más pobre de la nación. Juan Godoy en su escrito titulado *Breve ensayo sobre El roto* (1939), dibuja una dura imagen del trabajo de nuestro autor: “La novela, *El roto* de Joaquín Edwards- notable novelista por muchos conceptos-es una blasfemia para el pueblo chileno. Ha cerrado el puño aristocrático, -y se encuentra con sus cinco dedos cuajados de sortijas” (1939: 34). Como vemos el comentario de Juan Godoy se ve ligado a un pensamiento más bien ideológico, dejando de lado la calidad artística del mismo. Por otro lado, respecto a su escritura Arturo Torres Rioseco señala:

Su estilo es desordenado, incorrecto, truculento. Los pensamientos más mediocres están expresados en frases hechas y vulgares. Sus salidas de tono son constantes y el autor parece enorgullecerse de ello. En la brusquedad de la frase, en las impertinencias, en la facilidad con que sale de tema, en lo arbitrario de las afirmaciones, se parece a Baroja, pero carece del ingenio, de la gracia y de la originalidad del gran escritor vasco (Torres Rioseco, 1939: 279).

Su calidad de escritor se vio subyugada a su clase y a su apellido, casi arrebatándole su derecho a hablar de la gente externa a su estirpe. Esto a raíz de que no solo se dedicaba a narrar los acontecimientos de los barrios ocultos detrás de la estación, sino de aquellos barrios que brillaban por las luces del lujo y de la modernidad. Posteriormente, en el artículo “Joaquín Edwards Bello: Un hombre que saludaba como despidiéndose” del historiador y ensayista Manuel Vicuña, se comenta que “a la hora de reflexionar sobre las miserias de la vida nacional, Edwards Bello ventiló la podredumbre de todos los sectores. Lo hizo sin las inhibiciones de la corrección política que ahora imponen un respeto apocado ante la sensibilidad ajena. (...) Criticaba, rabiaba, no en base a una doctrina sino a una personalidad marcada por el desasosiego que le gatillaba la impresión de asistir a un largo proceso de descomposición social ante el cual reinaba la indiferencia” (Vicuña, 2014: 81). Como hemos mencionado antes, Joaquín Edwards Bello intenta librarse de sesgos sociales y políticos, aunque resulte imposible librarse del todo. Sin embargo, Edwards, aunque es un hombre bastante letrado y rupturista, termina reproduciendo la típica distinción y dualidad entre ricos y pobres, trazando una línea que une el binarismo clásico social a través de la moral, entendiéndose moral como un segmento de reglas que la sociedad ha adquirido como una correcta forma de actuar. Factor que juega un papel decidor ya que humaniza y barbariza a la vez, muestra a los personajes como seres que nacen y que adolecen de los mismos males que todos los hombres a pesar de que yacen excluidos bajo un manto de infamia.

Roberto Hozven, Doctor en sociología y especialista en ensayo hispanoamericano, agrega en su artículo “La ciudad de Santiago en el sentir de Joaquín Edwards Bello y de Jorge Edwards” (2006) que:

(...) De este modo, la estación segrega dos grupos sociales opuestos: el bajo del alto, el bárbaro del civilizado. Oposición que también aparece en las primeras páginas de Casa grande (1908), la novela coetánea de Luis Orrego Luco. Sin embargo, esta oposición social se diluye desde un punto de vista moral: una misma corrupción de

las costumbres atraviesa ambos grupos sociales, asimilándolos en una etopeya común (2006: 7).

Las últimas palabras de Hozven son claves, la moral en *El roto* es un tema transversal a la nación, la nación se vuelve un solo cuerpo enfermo que agoniza por culpa de los vicios que lanza el poder desde arriba. *El roto* viene a romper con la idea de bondad inherente que tendría la clase trabajadora del país, muestra el lado de nación que se ha invisibilizado a través de la imagen de héroe que el roto habría adquirido en los primeros años de la construcción nacional. Por otro lado, Héctor Soto, abogado y periodista de oficio, vislumbra en su artículo “Local y visita: El doble eje de Joaquín Edwards Bello” (2010), una redención de la moral en los rotos, en su prosa se aprecia una esperanza frente a la depresión en la que estaría envuelta la nación:

Si Chile tiene algún destino, cree Edwards Bello, es por los valores que puedan quedar en la base de la pirámide social —en los rotos, en las clases que la pobreza y el alcoholismo están disociando y destruyendo— y no por los que la indolencia y la codicia nacional hicieron desaparecer de la cúpula. Hay que decirlo: a diferencia de lo que hacía en las crónicas, en sus novelas Edwards Bello era sensible a la moral de la redención social. Querían enseñar, moralizar, redimir, salvar el mundo, y probablemente a este factor, más que a cualquier otro, se debe que no hayan terminado envejeciendo muy bien (Soto, 2010: 342).

Como decíamos antes, el narrador se transforma en una especie de profesor que intenta enseñar y remover a la parte de la sociedad que duerme inmersa en un sueño de falsedad, siguiendo imágenes identitarias inexistentes, lo que provocaría un estancamiento y quitaría la posibilidad de avance del país, tanto a un nivel material como moral. En este contexto se articula perfectamente el planteamiento de Raúl Silva Castro:

(...) posee una viva sensibilidad para lo social. Quiere decir esto que los fenómenos que interesan a muchos le atraen con más fuerza que los que interesan a pocos. Hay un patente sentido demótico en su obra y en su vida.

Odia al señorito, es decir, a lo que en Chile se llama joven bien o muchacho conocido. Ama al obrero honrado; cree con ganas en la generosidad y en la limpieza de alma del roto (2010: 349).

A pesar de las muchas opiniones contradictorias, Joaquín Edwards Bello deposita toda su fe de crecimiento nacional en los rotos, a la vez que culpa a la aristocracia chilena de no hacerse cargo de estos problemas que afectarían tanto a la moderna y gran nación de la que se jactaban. Edwards en muchas entrevistas menciona su escasa fe en la clase acomodada, demostrando incluso un odio acérrimo y creciente contra ellos. A pesar de ello, creemos que esto no sería tan tajante, ya que en *El roto* a través del periodista Lux deja entrever que hay una porción de esperanza ante el cambio. A pesar del destino fatal del periodista, Joaquín no deja de luchar para provocar el despertar, valiéndose de todo lo oscuro y sucio que pudiera contar para remecer a sus lectores.

Respecto al concepto de *roto* en sí, agregamos que su antigua imagen era más bien la de un guerrero que luchó arduamente por la independencia¹ y posterior dominio de la soberanía chilena. Se levantaron estatuas y se escribieron poemas exaltando la humildad y el coraje que había demostrado por su nación. Esa visión del roto era una imagen bastante cómoda para la clase alta, ya que no tendrían que preocuparse por su bienestar porque estos, según la imagen creada, estaban acostumbrados al esfuerzo y hacer todo por sus manos. Ante lo señalado, Claudia Darrigrandi, licenciada en Historia por la Universidad Católica de Chile y doctora en filosofía por la Universidad de California, asegura en "‘Gente que uno ve pasar sin dejar sin dejar huella’ El roto en las portadas de la novela de Joaquín Edwards Bello" (2015) que: "Así, ‘*el roto*’, acompañado del gentilicio ‘chileno’, se convirtió en un mestizo nacionalizado que se transformó en el ‘ser’ portador de ‘la raza y los valores’ de la naciente república. En este contexto, fue ensalzado y caracterizado con las

¹ "(...) el roto se ha instalado como un hito para la construcción de una identidad nacional debido a su papel central en las guerras del proceso independentista a inicios del siglo xix y en las que contribuyeron a la delimitación territorial del incipiente estado-nación a mediados y finales de ese mismo siglo" (Darrigrandi, 2015: 74).

virtudes de un héroe nacional” (2015: 74). Pero al llegar la modernidad y junto con ella el progreso, representado por fábricas que llevaron a la gente a vivir en los sectores limítrofes de la ciudad cubierto por el oscuro humo de estos gigantes de metal, el roto dejó la inocencia del campo y se incorpora a una realidad más dura, donde el estado se desentendía de ellos. Darrigrandi apunta:

Sin embargo, por otro lado, al cobrar protagonismo el proletariado a inicios del siglo XX y constituirse como un sujeto problemático para las elites dirigentes, el roto fue asociado también con el mundo obrero y con sujetos sin oficio definido.

De este modo, fue estigmatizado y vinculado a un espacio de barbarie, especialmente, en la capital, Santiago. En el imaginario urbano de la elite la palabra “roto” comenzó a denotar al hombre perteneciente a las muchedumbres, las masas y al cuerpo social iletrado, carente de modales y con tendencia al “vicio” (2015: 25).

Y es precisamente en este punto cuando Joaquín Edwards Bello interviene y le da voz a los silenciados. Si bien su novela realiza los vicios en la que se encuentra el roto, culpa a la sociedad en sí por no tratar estos problemas, de hecho, para dar más realce y objetividad a su relato se vale muchas veces de citas con cifras para dar cuenta de cómo se encuentra el pueblo en la época. Pero como hemos adelantado en este escrito, no todos estarían contentos con los dichos de Edwards, mucha gente poderosa se vio aludida provocando que el escritor tuviese que salir del país. Héctor Soto dice:

El roto se ambienta básicamente en un prostíbulo del barrio Estación Central. Pero su mirada sobre ese mundo está lejos de ser documental. Después de todo, él sigue siendo un pije que mira desde afuera y desde arriba. “Su realismo, que constituye un grande esfuerzo artístico, ‘chocará’ a muchos. Pero, ¿quién podrá con justicia reprocharle al cirujano la libertad con que desnuda al enfermo, si lo que busca es sanarlo”, lo defendía con más pudor del necesario en esa época el cura y crítico Omer Emeth en *El Mercurio*. Pedro Nolasco Cruz, que entendía la crítica literaria como “una manifestación razonada del buen gusto”, fue bastante más severo con la obra y mezclando consideraciones literarias, sociales y éticas, simplemente la consideró vulgar y abominable (2010: 349).

La crítica hasta el día de hoy no logra llegar a un consenso en torno al estilo y contenido social en las obras de Edwards, pero lo que sí está claro, es que *El roto* es una novela que muestra un lado poco tratado hasta el momento. Mantiene una visión bastante aguda y crítica, sin duda alguna con un fin moralizante, aunque preferimos llamarlo remecedor, ya que su fin es provocar una reacción y toma de conciencia sobre la cuestión social.

En la misma línea de lo que decíamos arriba, el licenciado en lengua y literatura hispánica de la Universidad de Chile, Osvaldo Carvajal, se refiere a la temática de la obra de Joaquín en “Josep Pla y Joaquín Edwards Bello: un ejercicio comparado de dos cronistas modernos” (2010):

Los arrabales urbanos y la opresión que sufren, por parte de la clase imperante, los miembros de la clase marginal. En dicha obra, el autor presenta, a la vez, el cuadro de esos seres brutos y sometidos a condiciones infrahumanas que habitan el prostíbulo maloliente La Gloria y, por otro lado, da cuenta de los crímenes que miembros de este grupo social cometen mandados por gente de la clase alta (Carvajal, 2010: 42).

Joaquín Edwards Bello muestra lo que la clase alta ha hecho con los rotos que un día fueron grandes héroes, una clase que los ha utilizado desde tiempos inmemoriales. Cuando los criollos necesitaron fuerzas para sobreponerse a la mano española se valieron del *rotito* o del *huaso*, estereotipos sin diferenciación oficial, aunque podemos aventurarnos a una distinción entre urbanidad y ruralidad². Por consiguiente, utilizaron al roto para conformar la soberanía de la nación y, cuando por fin Chile se jactaba de ser un país que llegaba a las puertas de la modernidad, es cuando se dan cuenta de que ya no necesitan más

² En su “Breve ensayo sobre el roto” Juan Godoy hace la siguiente aclaración: El huaso es limitado, torpe, suspicaz. Su sentido de la propiedad se le ha hincado en la carne. A causa de su labor agrícola, lo caracteriza su previsión económica. Vive para la tierra y sus animales. Arranca sus fuerzas de la tierra. El roto saca de sí mismo todas sus riquezas. Se tiene. Es dueño de sí. Por esto es capaz de todos los heroísmos. Se le encuentra en el fondo de las minas de carbón. O despanzurrando la pampa trágica. En todos los minerales Y las fábricas. Es un borbotón de vida domeñando las fuerzas ciegas de la materia inerte (Godoy: 40).

al roto y lo excluyen, marginándolo de la imagen nación oficial. Para corroborar lo anterior, podemos citar a Juan Godoy en su “Breve ensayo sobre el Roto” (1939), quien señala que “(...) es necesario penetrar en sus almas, conocer su folklore, destruir el complejo de inferioridad del huaso. No hay que olvidar que dos tipos sociológicos supremos de nuestra nacionalidad, el huaso y el roto, a causa de nuestra plutocracia, se han transformado en dos insultos nacionales” (Godoy, 1939: 37). Por otro lado, la palabra roto en la época de Edwards ya era sinónimo de negatividad y pobreza, por ende, al publicarse una novela con este título necesariamente dialogaba con la imagen de un hombre con rasgos mestizos y una fachada que podríamos atribuir a un delincuente, cuestión que la sociedad letrada sintió y reaccionó con una profunda aversión ante su obra, pues hablar de ello en forma pública no connotaba nada bueno. Juan Andrés Piña responde a la pregunta etimológica de la siguiente manera en su “Joaquín Edwards Bello: Chile a través de las crónicas” (1974):

¿Por qué el nombre de roto? El traje nacional de los cargadores consiste en ropa vieja desechada por elegantes del centro y desfigurada con intenciones burlescas. El figurín del pueblo es el espantapájaros. Diríase que muchos menesterosos han dado en parecerse a las siluetas de ropas que al paso del ferrocarril parecen en los campos centinelas contra los gorriones. El overol se resiste a entrar en la arisca masa popular. El traje, el alimento son factores de primera clase en las depresiones que sufrimos. ¿Quién podría sentirse confortable y optimista, no digamos vistiendo sino simplemente mirando a los que visten de espantapájaros?”. De ahí ese nombre. Es a ese figurín nacional que celebramos por algunas horas en actos patrioterros, cuando esa masa es la víctima más directa de la caída permanente de nuestra moneda (1974: 110-111).

Aun así, la sociedad no reconocía lo que todos susurraban en los grandes salones y es que precisamente el concepto de roto ya no soportaba los valores que antaño lucía y que precisamente eran ellos quienes les habían dado vuelta la espalda a estos compatriotas que parecían no encajar en la nueva nación que se esperaba construir. Los rotos no eran necesarios, todo lo contrario, eran un sujeto que carecía de derechos, al cual se podía vulnerar a elección e incluso no se respetaría ni siquiera a las niñas, que ya eran vistas

desde pequeñas como seres sexualizados con un futuro indigno. Si bien las personas de la época se escandalizaban ante el hecho de que existieran conventillos, asesinatos, vicios y lupanares no hacían nada para remediarlo, no los consideraban parte de ellos. Los personajes de *El roto* eran un secreto incómodo que Edwards se encargó de vociferar a través de su prosa. La nación entonces no era más que una ilusión creada para intentar unir a la fragmentación territorial del país.

El imaginario nacional en *El roto* de Joaquín Edwards Bello

La nación instituyente³ que nace de la prosa de Joaquín Edwards Bello es divergente y “descristalizadora” (Promis, 1977) de los mitos nacionales. Empero, el trabajo de deconstrucción de los discursos nacionales no se encuentra explícito como ocurre al momento de identificar la clase del autor o las características de su lenguaje atrapado entre el periodismo y el karma de la aristocracia, sino que se engendra en frases pequeñas o, a veces, sobrepobladas de adjetivos que impiden ver la subversión tras la inherente cáscara de arrogancia que se le atribuye al hijo de un hombre poderoso.

La nación en la que se imagina nuestro autor está compuesta por lugares que no aparecen en las páginas de vida social de ningún periódico. Los objetos que adornan los sitios no son exportados desde un país de renombre; no están aquellas luces ni lentejuelas que adornaban las fiestas del centenario ni los políticos cultos que llevarían a Chile *ad portas* del desarrollo, no había una iglesia devota y caritativa, ni una prensa revolucionaria de verdad. Recordemos las palabras de Ernest Renan en su ensayo “¿Qué es una nación?” en que se refiere al nacimiento de la conciencia nacional: “Si se da crédito a ciertos teóricos

³ Gálvez Comandi explica en su memoria *De lacra social a proletaria urbana. La novela social y el imaginario de la prostitución urbana en Chile: 1902-1940* (2011) explica que: La heteronomía evoca una dominación desde abajo hacia arriba, es decir, cuando los sujetos pasan a creer y pensar con elementos exógenos que han asimilado como propios porque han sido socialmente instituidos. Esto es lo que nos lleva a sugerir que en Chile a comienzos del siglo XX no hay un imaginario social único de la prostitución, sino que coexisten imaginarios sociales en pugna, el instituido desde el Estado por medio de la heteronomía, y el instituyente de las novelas sociales (2011: 25).

políticos, una nación es ante todo una dinastía, que representa una antigua conquista, aceptada primeramente y después olvidada por la masa del pueblo” (1882: 4). Contrario a lo anteriormente expuesto, el imaginario de nación de nuestro autor viene a romper con la imagen impuesta por la clase dirigente del país. En las letras de *El roto* se funden distintos elementos, como son la geografía, la arquitectura y el entorno, dando lugar a una interpretación particular de la nación, la cual surge por la necesidad del individuo de adaptar su cuerpo y mente para poder sobrevivir en estos espacios. De esta manera, el individuo adornará los sitios a partir de su percepción de belleza, lo mismo ocurre con la arquitectura. Pues el país será construido según la concepción de quien construye, según los recursos que posea y para suplir las necesidades que éste pretenda.

Podemos leer el imaginario de nación instituyente presentado por el autor también en las instituciones y los poderes del Estado. Lo anterior se debe a que estos proponen y disponen formas de comportamiento físico y moral, manuales de ejercicio civil y social, además de difundir los pormenores de la vida nacional y seleccionar los elementos que se harán visibles ante los medios masivos, como es el caso de la prensa. Por otro lado, las instituciones administran el desarrollo cultural y económico, condicionando de esta forma la configuración del espacio. De esta manera, ofrecen una visión del funcionamiento que deben proseguir los individuos, los trucos que utilizan para evadirlos y las prácticas que son inducidos a realizar.

Finalmente, el imaginario de nación se completa en los grupos sociales, étnicos, sexuales, etc. en los que se insertan los personajes según sus características físicas y monetarias, sin olvidar sus estilos de vida y prácticas. Los distintos personajes referidos en la novela nos entregarán un mapa heterogéneo de lo que el autor considera parte existente y activa de la nación, muchos de los cuales no aparecerán en la leyenda dorada o en el imaginario de nación instituida y difundida por los medios oficiales. Así los personajes

descritos de acuerdo a un tipo serán sinécdoque⁴ de un grupo particular y de esta forma podremos tener conciencia de la percepción del autor hacia sus connacionales.

1.- La geografía, los lugares, la arquitectura y las cosas

Dentro de *El roto* la geografía, los lugares y las cosas no se distribuyen al azar, sino que son piezas meticulosamente ubicadas para representar la parodia nacional, que Joaquín Edwards Bello se encargó de dibujar a cabalidad. Esta parodia, desde nuestro punto de vista, tiene como finalidad realizar una crítica social frente al clasismo, la corrupción, la invisibilidad de la pobreza y los vicios, entre tantos otros males que aquejaban a la época y que lamentablemente, a nuestro parecer, siguen estando vigentes hasta nuestros días.

Al respecto, Pierre Martino en el prólogo a la edición de 2009 y refiriéndose a la gama de sujetos que circulan de principio a fin por el ambiente físico de la obra, sentencia que:

Los caminos de éstos estarán prefijados en la medida en que cada uno de sus pasos sirva para explicar algo. Son “estudios”, según la expresión naturalista, más que personas civiles. El medio actuará sobre ellos, los moldeará, trazará los pasos de sombra. Es la probeta dentro de la cual se agitan y transforman. “Estimamos que el hombre es indivisible del ambiente, que sus vestidos, su casa, su ciudad y su provincia lo completan..., escribe Zola” (Edwards Bello, 2009: VII).

Como vemos el ambiente y los sujetos se funden a la hora de representar los males de la sociedad carcomida por la avaricia, el egoísmo y la corrupción. Pobres y ricos danzan en torno al ritmo del supuesto progreso efervescente que ronda las calles como una brisa más entre todo el polvo en suspensión, donde parecen elementos químicos mezclados en su

⁴ Según el *Diccionario de retórica y poética* de Helena Beristáin, hablamos de una sinécdoque inductiva cuando “lo amplio es expresado mediante lo reducido. Es la sinécdoque particularizante en la que por medio de lo particular se expresa lo general; por medio de la parte, el todo; por medio de lo menos, lo más; por medio de la especie, el género; por medio del singular el plural (1995:465)

justa medida en esa gran probeta que es Santiago. Cada personaje cual marioneta narrará un pedazo de la oculta historia de nuestro país.

Como ya habíamos adelantado en la introducción, *El roto* es un texto con fuertes descripciones de lo nauseabundo y oscuro de las poblaciones periféricas, de aquellas calles donde proliferan los desechos de más de una clase. El primer lugar descrito en la novela es la estación y la locomotora, dos grandes símbolos de la modernidad naciente, dichos símbolos desencadenaron una metamorfosis del entorno geográfico que rodeaba a este gigante de hierro, creándose así barrios sórdidos que acunaban a los nuevos menesterosos de la sociedad. De esta forma la construcción del riel y la llegada de la locomotora, lejos de unificar a la nación, crearon una división imaginaria entre dos sitios opuestos del gran Santiago. Este binomio se gesta entre el barrio que brillaba por el futuro esplendoroso en el que habitaba la clase alta y la sombra en la que se ocultaban los rotos en la periferia. Sin embargo, nadie hacía hincapié en aquello, en lo que ocultaba el oscuro humo de la máquina de frío corazón. En el siguiente extracto de la novela podemos observar las repercusiones que conlleva el supuesto desarrollo nacional:

Detrás de la Estación Central de Ferrocarriles, llamada Alameda, por estar a la entrada de esa avenida espaciosa que es orgullo de los santiaguinos, ha surgido un barrio sórdido, sin apoyo municipal. Sus calles se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno, cubiertas de harapos, desperdicios de comida, chancletas y ratas podridas. Mujeres de vida airada rondan por las esquinas al caer la tarde; temerosas, embozadas en sus mantas de color indeciso, evitando encuentro con policías... Son miserables busconas, desgraciadas del último grado, que se hacen acompañar por obreros astrosos al burdel chino de la calle Maipú al otro lado de la Alameda. La mole gris de la Estación Central, grande férrea estructura, es el astro alrededor del cual ha crecido y se desarrolla esa rumorosa barrida (Edwards Bello, 2009: 2)

Interesante resulta aquel paralelismo espacial que proyecta la topografía. Por un lado, tenemos el monumento al progreso simbolizado a través de la Estación Central de

Ferrocarriles; y por otro, en contraste, se encuentra aquel territorio cubierto de polvo y vulgaridades como es la calle Borja. El texto describe perfectamente este espacio ciudadano:

La calle Borja, situada detrás de la estación, es una calle típica de los barrios bajos santiaguinos, el reverso de esa decoración flamante que se llama Alameda. Pasa por ahí hedionda acequia sobre el cual volotean nubes de mosquitos; por las noches corren en sus bordes esas ratas imponentes que llaman pericotes y que hacen frente a los gatos del barrio. Está separada de la vía férrea por una larga y fea muralla desconchada, con rayas de carbón o tiza que dejan los chiquillos que pasan, cuando no escriben palabras obscenas” (Edwards Bello, 2009: 8).

Como vemos en la descripción, la calle Borja es un lugar aledaño a la estación, sin embargo, no denota progreso sino olvido e inequidad. Esta última supera la diferencia económica y se proyecta casi como una desigualdad ontológica. El ambiente en que se desenvuelven estos títeres del progreso influye directamente en sus saberes y en su cosmovisión. Por ello creemos que la frase explícita “sin apoyo municipal” revela que existe una relación causa-efecto entre la acción o evasión de responsabilidades de terceros más poderosos respecto de la aparición de asentamientos pobres. En términos simples, la clase política alimenta la insalubridad del contexto hostil en que mora el bajo pueblo.

El hecho de que las mujeres habitantes de ese espacio sean calificadas como “desgraciadas del último grado” hace pensar al lector que existen ciudadanos chilenos de primera, segunda y quién sabe cuántas categorías. Cada una más desgraciada que la otra, cada una más miserable, cada una más olvidada y más corrupta. Por cierto, creemos que estas categorías se distribuyen espacialmente de acuerdo a criterios geográficos y arquitectónicos que van ubicando en ciertos segmentos a unos y otros sujetos.

Aquella mole de acero, la estación y su locomotora, revela, según nuestra lectura, una metáfora del corazón de aquel cuerpo enfermo que es la nación. La estación es precisamente quien da vida (circulación) a la ciudad. Ella hace bombear con fuerza a las masas de personas que transitan rápidamente por las calles cuales vasos sanguíneos.

Empero, como todo corazón, no sólo guarda buenos sentimientos, sino que también puede engendrar los más oscuros miedos y resentimientos. De este modo, la estación termina manteniendo un carcomido cuerpo en el que circulan rotos y futres.

La estación es un corazón sangrante de manchas oscuras y podridas por los vicios. Los mismos vicios que hacen que la mitad de este organismo, los pobres, adolezcan y se consuman hasta no quedar más de ellos que un recuerdo vago en el aire, que se mezcla con los olores putrefactos de las fábricas aledañas. En suma, la estación central, se enaltece como una edificación instalada por el poder y es alrededor de ésta donde una parte de la nación, los residuos nacionales, pasarían a cubrirla como un panal de enfermas abejas. Estos acarrear un murmullo poco armónico y crean una especie de alabanza ante las edificaciones que la clase dominante les ofrece a sombras de la civilización.

En cuanto al ciudadano capitalino, hay una tendencia a calificarlo como “retrógrado”. Sin embargo, es necesario considerar que Edwards Bello describe la nación partiendo de la base de que ésta es dominada y construida desde la capital, la cual termina convirtiéndose en sinécdoque de la nación completa. Las regiones, desde la perspectiva de Edwards Bello, son impulsadas de diversas maneras a partir de las influencias extranjeras o locales que apunta sobre cada una. Un ejemplo es la costa, lugar señalado en la cita, considerada progresista lo que la posiciona en una categoría superior al centro metropolitano. Lo anterior puede estar relacionado con la influencia que tiene el puerto de Valparaíso sobre el autor. Melancolía y construcción imaginada que quedará manifiesta en la nostalgia con que el Pata de jaiba recuerda al mismo puerto. Aquello queda descrito en el siguiente fragmento:

Él solía decir ‘nacé en el cerro’, a secas, y cerraba los ojos presa de nostalgia porque ningún chileno ama la tierra natal como el chango que se arraigó a ella hace miles de años. El cerro, su cerro y su madre. ¡He ahí el universo! Un inglés, de cualquier *Gran Macana Limited consolidada en Liverpool*, no puede querer a Valparaíso como lo quería el *Pata de jaiva*, que venía comiendo el congrio y la sierra, más sierra que congrio, desde una eternidad para atrás (Edwards Bello, 2009: 46).

La sumisión de Santiago convierte a sus habitantes en títeres del poder y el medio, los individuos actúan por reflejo mientras sus planes se diluyen bajo el humo de las máquinas y la humedad de las paredes. Sin embargo, es esta misma adversidad la que en términos darwinianos le permite evolucionar como un superhombre desde el punto de vista físico.

La región goza de otras características menos apocalípticas, pareciera que Edwards Bello observa con mayor ternura y admiración aquellas inocencias aún libres de las consecuencias del falso progreso. Esencia de esto es el siguiente pasaje en el que se habla del pequeño Pata de Jaiba que, aunque no está libre del dolor y el sometimiento, puede conservar algún recuerdo dulce ante la ternura de la geografía:

El verdadero color de Valparaíso está en los cerros. La gente extranjera del plan es una aglomeración anodina de firmas comerciales sin espíritu ni patriotismo. En cuanto se enriquecen, arrancan dejando a los Patas de jaibas y sus mamitas abandonados en sus tugurios de los cerros donde los ascensores parecen casas que cada cinco minutos depositarán otra casita igual pero más pequeña, como un polluelo (Edwards Bello, 2009: 47).

¿En que apoyarse cuando no hay recuerdo de belleza? Eso es lo que hace al infame santiaguino más huérfano que ningún chileno. Por ello no puede más que consolarse con “la nostalgia del olor caliente de la mugre que les arrulló en la cuna” (Edwards Bello, 2009: 52)

Al parecer nuestra nación se construye en base al dualismo, sin embargo, este dualismo se dará solo en la práctica y no en los imaginarios instituidos, pues pareciese que luchan por la unificación total de la imagen nacional, aunque para lograrlo se deba velar a la mitad del pueblo. Del mismo modo que el dualismo pobre-rico, cohabita también el dualismo nuevo-viejo ya que convergen en la estación de ferrocarriles. En términos más concretos, Santiago se divide en dos, entre la luz y la ausencia de ella, la oscuridad grisácea

de la pobreza y la ignorancia. Dos realidades que conviven en una misma ciudad, pero que la historia separa a través del silenciamiento de los infames. De esta manera, se terminó hablando del centenario como una época dorada, donde no había tiempo para detenerse en lo raído, en lo inmoral, en lo oscuro.

Puede dividirse en dos partes esta barriada: la nueva y la vieja. La nueva con edificios de material ligero, construidos rápidamente a la sombra protectora de la gran estación: pura apariencia, como se construye en esta tierra de negociados, de especulaciones, donde las escrituras se hacen a la carrera en el mesón de un bar, donde la ley no se respeta y la justicia está en banca rota (...) (Edwards Bello, 2009: 4).

Como flores mustias fueron emergiendo casas improvisadas con los deshechos del Chile blanco y endiosado. Existe hipocresía en el discurso oficial que se reflejaba en una arquitectura de apariencias, de construcciones frágiles pero imponentes a la vista. Los bares y cocinerías cubren todo con sus olores ácidos que nublan los sentidos del olfato y el gusto, y acostumbra a sus pobladores a la amargura de la vida y al resentimiento ante la percepción de ciudadanos con mejor suerte.

Dos veces se han derrumbado en la plaza misma edificios en construcción, por las especulaciones criminales de los contratistas, trayendo al suelo, en la red de andamios quebrados, docenas de obreros cuya desgracia a nadie conmueve. Es como una cascarita de casas de tabique, una bambalina que continúa poco menos cínica por la Alameda, tapando la ignominia de los conventillos podridos y los prostíbulos que están detrás, a dos pasos, y que todos parecen ignorar. La parte nueva y la vieja se diferencian entre sí de una manera cortante y simbólica, como el roto y el futre, la leva y el poncho: ese maridaje fenomenal que constituye la sociedad chilena (Edwards Bello, 2009: 4).

Nuevamente, está descrita la relación causa-efecto que sitúa al miembro de la clase dominante, como profanador de la clase dominada, obligándolo a trabajar bajo condiciones indignas que mantienen su vida pendiente de un hilo. Por consiguiente, este panorama repetido provoca, según nuestra lectura, una falta de sensibilidad frente a estos desechos

nacionales que fuera de estar excluidos de la leyenda dorada y del imaginario nacional instituido, terminan por convertirse en rutina fatalista que a nadie sorprende.

Los conventillos del lado oscuro de Santiago, ubicados paradójicamente en la calle Esperanza y Borja, abrazan la suciedad y las amarguras de los pobladores. Lugares que por unos pocos pesos prometían borrar hasta el último recuerdo de aflicción, aceptando y recibiendo los cuerpos marcados por el trabajo, el cansancio y, en los peores casos, la enfermedad:

Se llegaba al prostíbulo por una mampara iluminada en las noches con un pesado farol que recordaba la Colonia. Seguía un pasadizo y adentro estaba el patio rodeado de piezas—corazón de lupanar. Además de las niñas, vivían ahí la criada y la patrona. En cada habitación había tres o cuatro lechos, separados por cortinas corredizas colocadas sobre cordeles que cruzaban de una a otra pared; en los—donde los había—veíanse flores de papel, cajitas redondas de polvos de Kananga; otras más pequeñas de crema de almendras y algunos frasquitos con medicamentos de raro aspecto, recetados por las *meicas* del vecindario (Edwards Bello, 2009: 11-12).

La pequeña guarida que significa La Gloria para los malaventurados, yacía cubierta por la negrura del humo que barnizaba sus oscuras vidas. De a poco el santuario del placer y del olvido se había ido manchando por la melancolía y la resignación de los que quedan atrás. Pero no solo la arquitectura es quien transforma y da vida a los personajes, los objetos, aquellas míseras posesiones que guardan sin recelo aquellos que no tienen nada y que, por el contrario, se les ha arrebatado de todo. Sombreros, colchones, veladores parecen componer de forma casi burlesca las dignidades y orgullos de las mujeres y hombres de los arrabales. Alfonso Calderón en el prólogo de la reimpresión de *El roto* de 2009 menciona que “(...) también gozan de una rara participación en el desarrollo de la novela, los objetos. Una legión de harapos, utensilios desportillados, litografías infamadas, chucherías inservibles, constituyen una corte de los milagros de las cosas. Lo nuevo es un

acontecimiento histórico (recuérdese la historia del sombrero, júbilo de las asiladas) (2009: IX).

Cuando reparamos en el ejemplo de Alfonso Calderón sobre el anhelo de las prostitutas por conseguir el nuevo y hermoso sombrero, nos damos cuenta de esa necesidad exorbitante, por aferrarse al nuevo aire de mejoras que ronda a los sectores favorecidos de la capital. Nadie quiere quedar atrás, nadie quiere pertenecer al olvido. Es así como sus cuerpos, en simbiosis con la urbe, envilecen cualquier objeto de valor: “Había quitado el sombrero a Violeta y todas, después de manosearlo, lo encontraban menos bonito. Entre esas manos torpes y pesadas la paja se deformaba, la pluma perdía su gallardía, el forro su blancura (Edwards Bello, 2009: 104). Estas mujeres se convierten en esclavas de sus pocas pertenencias ya que precisan de ellos, de sus mínimas posesiones ya que pareciera que ni siquiera pueden contar con la posesión absoluta de sus cuerpos. La patria va a la velocidad de una locomotora y pareciese llevarlas a un desolado porvenir manchado por enfermedades y pesares. Al final se olvidan las cosas en una fría estación.

Hay un punto interesante en la historia de la formación de la calle Borja y sus alrededores, y es que hasta hace unos pocos años aquel sector fue una representación exacta de un cuadro de costumbres, donde la crianza del ganado y el trabajo de la tierra eran sus mayores insignias. En las primeras páginas es donde el detective, Joaquín Edwards Bello deja una pista para que lo sigamos en la revelación del secreto del lado olvidado de la estación.

El manto de la industrialización, sin aviso y en silencio, les fue arrebatando las hortalizas y los frutos de las manos, cambiándolos por harapos sucios y trastos malolientes. Las grandes y verdosas huertas ahora convertidas en enormes basurales, no hacían otra cosa que enrostrarles el desperdicio de sus almas. La ciudad es un gran monstruo que engulló los enormes prados dejando las sobras de un pasado glorioso. El gris del humo maquinal fue

tiñiendo el azul del cielo que tiempo después sus pobladores recordarían con lágrimas en sus ojos.

Se adivina que el barrio es nuevo, de esos que brotan como setas en las ciudades de América; improvisando en una comuna rural donde no hace más de tres años triunfaban las carreras a la chilena, con su alborotado colorido de chupallas y chamantos. Se siente el campo; se nota que el contacto con la parte verdadera de la capital es escaso; está marcado ese arrabal por el roce incesante con los campesinos que llevan al amanecer las hortalizas a un mercado local, o las reses a una feria o Tattersall que está al otro lado de la plaza (Edwards Bello, 2009: 3).

2.- La institucionalidad, el poder y sus herramientas

En un lugar abandonado como la calle Borja, las instituciones son espejismos que traen consigo agonía. *El roto* revela una realidad oculta tras los bares y la seguridad de la oscura noche santiaguina. Como ratas, los políticos y altos funcionarios del país se reúnen en callejuelas a urdir los planes de un progreso manoseado, progreso que privilegiará siempre producto interno bruto por desarrollo humano, apariencia por realidad, privilegios por equidad⁵.

En este apartado observaremos cómo los poderes del estado son percibidos en el imaginario nación del autor. De entre los tres poderes, el ejecutivo será pintado como una nebulosa sin cuerpo ni nombre, el legislativo como un organismo parasitario que utiliza al roto, a la fuerza pública y, en el ámbito rural, al campesino como herramientas para lograr sus intereses económicos y políticos. El tercer poder, la justicia es representada como artefacto inservible y viciado por los intereses de los poderosos.

Un ícono del mal funcionamiento y de la podredumbre que se escondía tras las puertas de la esfera política, es precisamente Pantaleón Madroño, un hombre que encarna

⁵ Edwards Bello se hace cargo de una crítica a las autoridades como responsables activos y pasivos de las atrocidades que se cometen en sus cárceles e incluso va más allá y lo culpa de los vicios que permiten que el país se ahogue. Estas duras críticas, no nos cabe duda, provienen del mismo autor.

todos los vicios que el dinero puede traer consigo. Una masa de carne capaz de generar acciones incriminadoras en los invisibles del país, en desechos nacionales como Fernando Videla. Basta con que recordemos el siguiente pasaje:

Un cacique, un gran pólipo social. Él había sido su agente electoral. Había matado a un hombre por orden de Madroño. Había incendiado y se había encochinado por él en un garito. De pronto le dejaba caer como trapo reglero. Así hizo con otros, pero ya vería. Tenía medios para denunciarle y librar a su patria de la garra de la bestia (Edwards Bello, 2009: 146-147).

Este sujeto es capaz de provocar reacciones frente a los ciudadanos, una sumisión mezclada con miedo frente a su monumental figura. Algo similar provoca en el roto infame, como es el caso de Fernando, quien ve en Madroño un dios frente al cual mantiene una distancia supersticiosa como si se tratara de un ánima.

Un transeúnte le saludó dándole un abrazo y se quedó mirándole de esa manera especial que tienen de mirar los halagadores de los políticos.

Fernando admiraba a don Pantaleón de otra manera. No se hubiera atrevido a mirarle y a abrazarle así.

Don Pantaleón era un jefe, un caudillo. Un peine. Eso era. Peine es el concepto nacional del superhombre. Pensaba de manera nueva desde que le conoció. El roto aventurero de minas, de mares y de cárceles había desaparecido. Vislumbraba un futuro de mitómanos (Edwards Bello, 2009: 29).

Es posible deducir que la clase política sobrevive a costa de mentiras y peones manipulados como Fernando, uno de los tantos objetos humanos de los que se valía la politiquería para consagrarse como miembro de algún concejo o partido. Podemos estudiar a Pantaleón Madroño como sinécdoque del poder legislativo de la época; mafioso, ignorante, despiadado, una vergüenza nacional que es necesario exponer. La parte por el todo de un poder que da vergüenza. Un hombre sin intelecto ni capacidad como podemos observar en el siguiente apartado:

—Pero, ¡qué curioso! Esa cantidad de lunáticos, de redentores... ¡Cosa nueva en Chile! —dijo el político reflexionando.

—Es inevitable —respondió el policía—. El mundo está asfixiado por las ideas de la revolución francesa, por el cristianismo. Yo he leído a Darwin y a Nietzsche. - ¡Me basta!

—Esos autores rusos son todos locos —dijo Madroño (Edwards Bello, 2009: 142).

La conversación mantenida con el policía deja en evidencia la ignorancia del sujeto en cuestión, esta puede traducirse en una incapacidad para realizar su labor ya que nadie puede decidir el destino de una nación bajo tan poco conocimiento de autores, de términos políticos y procedimientos legales. En conclusión, no hay más que una nación perdida en las manos de sujetos inoperantes que no tienen más característica que la desfachatez y la barbarie que lleva como trofeo ante el infame:

— ¡Vamos, hombre! ¿Que no tiene añños en el Popular? Al expresarse así, Madroño se creía un hombre superior: sabía hablar como la gente maleante a los rotos de Santiago, de la misma manera como se hacía el rústico en su fundo de las Pataguas o en el Tattersall cuando compraba bueyes (Edwards Bello, 2009:73-74).

Al utilizar los códigos lingüísticos de un delincuente Madroño se impone como jefe de pandilla. Tanto en la urbe como en el campo, cambiar de lenguaje lo hace validarse como par, como el macho alfa de la manada. Madroño no tiene su poder en el conocimiento ni en su dinero sino en su versatilidad, astucia e insolencia. Sin embargo, su cuerpo imponente no es más que un engranaje dentro de tantos juegos de poder en el Estado.

El cigarro de Madroño se apagó; volvió a encenderlo y nuevamente su rostro pareció máscara traslúcida; pero, a pesar de cuanto sabemos de su vida pública y privada, y a pesar del reflejo flamígero, nada de endemoniado mostró esa cara sin energía, de funcionario decadente, encumbrado por un simún de injusticia.

Un demonio revela fuerza, voluntad, y en ese hombre se notaba todo lo contrario: se vela que era un instrumento pasivo de la máquina letal, elegido fraudulentamente por otros mandarines de alma podrida, organizadores de la desorganización, interesados en perpetuar un desbarajuste (Edwards Bello, 2009: 77-78).

Madroño utiliza al infame de la misma manera en que él es utilizado por personajes más poderosos pero invisibles e indeterminados. Estas impetuosas fuerzas yacen tan en la cima de la pirámide que no pueden ser vistas desde la base. La cúspide es el lugar de privilegio, ahí, cual titiriteros, manejan los hilos de los menos afortunados para moldear la nación a su antojo⁶.

La ignorancia nacional es clave para poder gobernar sin amenazas. Esta es una condición que luchan por mantener gracias a una educación pública inexistente o incompatible con la vida e intereses de la masa infame. Gracias al campo y al bajo pueblo la clase política puede regocijarse en los círculos sociales y lucirse en actividades culturales mientras parasitan en la mano obrera que lucha para hacer producir la tierra.

El poder judicial es descrito como un artefacto en “bancarrotas” (Edwards Bello, 2009: 3), cuyo funcionamiento deja bastante que desear, esta es manejada a gusto de la mitómana clase política para poder exculpar sus crímenes. La justicia es dura con el pobre y blanda con quien puede pagar. Sucia y torcida aparece un oráculo ciego que resuelve el destino de los sin nombre, pues “en las cárceles, prefecturas y tribunales, se liquida o resuelve la vida violenta del pueblo” (Edwards Bello, 2009: 87). Por ello, Madroño puede culpar a Fernando, al hombre común revelado ante la gran bola de sebo que fue su protector. Bien describe Michel Foucault —en *La vida de los hombres infames* (1996)- lo sucedido en la novela: “la justicia hace reír cuando es tan indolente que no llega a

⁶ Las zonas rurales, aunque libres de la corrompida capital, viven plagadas de hacendados capaces de utilizar y valerse de personas hundiéndolas en un régimen feudal perpetuo. Estos hacendados serán también parte del congreso que configura la nación. El siguiente fragmento es verbigracia de ello: “El régimen feudal en que vegetan los campesinos, sin otra influencia moral que la pantomima de las misiones y el egoísmo de sus amos, prepara a esas gentes a mirar con resignación las peores perspectivas. El hacendado típico chileno, personaje híbrido, con palco en la ópera y sillón en la Cámara, no puede ver en la agricultura sino un medio para lucrarse y satisfacer sus vanidades en la capital; es una máquina para exprimir. No es extraño que el campesino permanezca en condiciones deplorables de ignorancia y miseria” (Edwards Bello, 2009: 51).

pronunciar veredicto. Pero es quien reparte la muerte con gesto casi adormecido...” (Foucault, 1996: 91).

La prensa, también llamada cuarto poder, es imaginada como una patética máquina de ficciones que serán difundidas de acuerdo a los intereses aristocráticos. Esta es utilizada como una vestidura para cubrir las vergüenzas que se esparcen cual plaga de chinches. El periódico nacional *El Mercurio*, diario perteneciente a la familia de nuestro autor, al igual que *La Nación*, serán los responsables de bombardear al país con imaginarios que se apoderan del colectivo, es por ello, que el autor se ve con la necesidad de denunciar y descristalizar la imagen de nación que se difundía por el cuarto poder. La prensa como artefacto no es usada para mostrar la realidad, sino para crear realidades según los parámetros que impone la clase poderosa. Manifiesto ejemplo es la siguiente cita que describe la decoración del lugar en que se establecía *El Mercurio*: “Todo era así, pretencioso, feo y huraño. Cuando Fernando se decidió a subir, su corazón palpitaba con fuerza. Vio otra serie de celdas u oficinas. La gente más humana era la de los mozos, con caras de buenos y serviciales. A los otros se les había subido ‘El Mercurio’ a la cabeza” (Edwards Bello, 2009: 130-131).

Un trabajo en aquel lugar significaba en la época un trampolín fuera de la llamada clase media, detallada con mayor detención en el siguiente apartado, y que luchaba por mimetizarse con sus jefes, blanqueándose cual camaleón. Ellos comprendían que el fin de la prensa no era informar sino apoyar las posturas y realidades que intentaban pintar los poderosos, sabían que: “*El Mercurio*, creyó que la democracia y la libertad eran utopías. Séneca dijo: ¿Quiéres libertad? ¡Rásgate las venas!” (Edwards Bello, 2009:148-149), por lo tanto, la vocación de justicia y verdad se diluyó en la tinta con el aprecio al origen. Así como dijo el redactor a Fernando: “Esas cosas, amigo, no se pueden publicar y si se publicaran le traerían nuevas contrariedades a usted, y ni este diario ni el país ganaríamos nada” (Edwards Bello, 2009:133). Por episodios como el anterior es que existen artículos, como el de la periodista Faride Zerán Chelech, que señalan entre otras cosas que:

(...) hoy podemos decir que el periodismo chileno tiene una deuda con la sociedad, una deuda por acción y omisión, plasmadas en una década de silencios y complicidades que se traducen en la proyección de una sociedad homogénea, acrítica, sin debate, y a través de la cual emerge un sujeto popular asimilado a la figura del delincuente; un sujeto cultural reducido a la era del espectáculo; un sujeto intelectual percibido como denso y cuya palabra o aporte no sirve en tanto no puede ser banalizada (Zerán, 2000: 2).

La verdad tiene como tope el interés del político y las vergüenzas de las familias poderosas. Lo último puede percibirse en la familia Martí que, apretujada frente a la vergüenza de ver a su hijo muerto por entablar un amorío con una infame, es socorrida por la prensa y sus invenciones. La patética alcurnia nacional es precisamente quien, con sus generosas donaciones e inversiones, da lugar a la existencia de estos grandes medios de comunicación:

Era que la familia Martí había pedido silencio. La Unión publicaba la noticia de manera solapada, quitándole importancia. Estas conspiraciones feas son comunes en Santiago y acusan la existencia de esa familia dirigente todopoderosa: la oligarquía. Hay noticias trágicas que vienen a conocerse meses más tarde por dicha causa. Algunas veces interviene el prefecto para poner un manto de cinismo y astucia encima de un hecho escandaloso en que intervienen potentados. Así, a raíz de un asesinato famoso, hizo aparecer bombas en casa de obreros y un plano para volar la catedral y el teatro Municipal. Dichas bombas y planos siniestros los tenía, entre otras curiosidades, de unos rusos que hizo matar a palos en una remolienda. De tal manera desvió la atención pública: La Unión, publicó a grandes caracteres: Los anarquistas en Santiago; bombas y planos para volar teatros e iglesias; vasto plan revolucionario. Así pudo el asesino huir a Europa (Edwards Bello, 2009: 149).

Un ejército de periodistas jugando al literato, dejando bajo una ruma de documentos, la cruda verdad del país que acabó por fermentar como el cadáver pestilente de un pusilánime olvidado. Este es el precio que debe pagar el pueblo por la libertad de la clase política y la estirpe aristocrática. Nada le queda al pobre más que el frío de la cárcel, construida para reservarle camastros insalubres.

Anécdota positiva entre tanta falacia es Lux. Aquel joven periodista, aunque ególatra y deseoso de autoproclamarse como mesías, guarda vocación por la verdad. Dicho personaje, en un acto de pedantería, se levanta por encima de los de su clase, juega a ser dios y a cambiar el destino de los rotos. Pero, lamentablemente, se necesita mucho más que escritos para dar justicia a la clase más vulnerable de la nación. La novela, a través de este personaje, nos da cuenta de cómo no basta con regalar ropas y comida a un hombre; para cambiar esa realidad se deben realizar esfuerzos sistemáticos desde sus raíces y no con un experimento travestido de caridad. A pesar de esto, Lux fue la única voz que gritó los insoportables secretos que callaba la clase política para traer dignidad al roto:

En efecto, Lux hizo una campaña en favor de los pobres, basándose en el llamado “asunto Esmeraldo”. Declaraba que debe imperar la previsión antes que la caridad de los reformatorios. Señalaba la diferenciación total, de castas, entre ricos y pobres. Aseguraba que un pueblo acorralado en hediondos pesebres de arrabales, acosado por el hambre, no puede conceder enorme importancia a la virginidad de las niñas. Señalaba a la caridad chilena como histérica y presuntuosa, sin base científica, impresionada por los efectos y no por las causas (Edwards Bello, 2009: 149).

Mucha razón tenía Lux al señalar que la clase dirigente solo se preocupaba de tratar efectos y olvidaba que el causante de esta situación, era muchas veces su propio egoísmo y su poca conciencia crítica, ante un pueblo que moría diariamente entre los vicios y el hambre. A pesar de esto Lux termina cometiendo el mismo error, le entrega a Esmeraldo cosas materiales que no solucionarían el problema, ya la soledad y el sufrimiento eran parte de su espíritu y se necesitaría más que un buen traje y una cama caliente para arreglarlo.

Por otro lado, la institucionalidad religiosa encarnada en el arzobispado, poder invisible dueño de las tierras por donde circula el pecado, es quien sostiene el infierno en que viven los infames. No obstante, contraria a la autoridad moral que se le adjudicó a dicha institución durante años, la iglesia cierra los ojos ante la atrocidad y la pobreza,

actuando como un arrendador del averno nacional. La Iglesia será un blanco fijo en las páginas de *El roto*, el cual Edwards bombardeará duramente con sus agudas críticas.

El clero se encargaría de utilizar la fe de la población como excusa para financiar sus gastos. Además, emplea sus terrenos como medio para la proliferación de antros y lupanares de la peor calaña. Notamos que estos reproches a la Iglesia se realizan de a poco, camuflados entre las caracterizaciones de lugares y personajes. De este modo creemos que la escritura de Edwards Bello teje un aura de oscuridad ante los tutores de las almas chilenas. En la novela leemos: “La Gloria, donde entró el randa, y la casa colindante, donde entró el loro, estaban en la calle Borja y pertenecían al Arzobispado buena parte de la propiedad santiaguina ha pasado en forma de herencias a ese poderoso organismo político. No es broma el miedo al infierno” (Edwards Bello, 2009: 8).

El infierno, según nuestra lectura, sería la vida sucia y dolorosa que le ofrece el poder sacerdotal a la masa pobre e ignorante como castigo por su infamia. De igual forma, los hacendados devotos deberán empobrecerse y depositar su patrimonio en las alcancías parroquiales para recompensar a quienes se han privado de la carne y consagrado a Cristo.

La policía, en tanto, será la corrupción hecha uniforme, actuará de acuerdo a sus necesidades olvidando la justicia y su función de resguardo a la comunidad. El cabo puede venderse por unos pesos o un plato de cazuela dependiendo del lugar en que lo encuentre el crimen.

Los comisionados, en sus constantes irrupciones en las casas de tolerancia, cobrando fuertes multas, hacen una labor social negativa puesto que contribuyen a desorientar y desorganizar la prostitución, sin permitirle fijeza ni posibilidades de prosperar en bases definitivas. El nomadismo forzoso de las prostitutas y patronas, impuesto por las autoridades, impide que Chile tenga una vida galante decente como Francia, Alemania, Japón y otros países. La Gloria debe su relativa estabilidad al hecho de estar situada en una calle lejana y pobre, libre así de exagerada codicia (Edwards Bello, 2009: 22).

En otro orden de cosas, la prostitución es un tema central de la historia. A pesar de lo crudo de sus descripciones el autor no discrimina el comercio del cuerpo como un acto que deba esconderse, olvidando de esta manera las viejas vocecillas de críticas moralistas a las cuales Edwards Bello se refiere en las siguientes palabras “El mal popular era aprovechado por inconscientes santurronas que sentían atracción morbosa por los resultados sexuales del desorden social. Viejas beatas lujuriosas buscaban Violetas recién violadas para oler en sus ánforas silvestres el acre semen de la plebe” (Edwards Bello, 2009: 97). En otras palabras, la clase alta, aristocrática y poderosa necesita del pobre para validarse en la vida diaria, no así en el discurso oficial donde el imaginario nacional instituido se asemeja más a una metrópolis limpia y libre de la pobreza lamentable y obscena de aquellas infames mujeres.

Como hemos podido notar, La Gloria se ha visto desprovista de las comodidades de la creciente modernidad, y además se les invisibiliza y se les arrebató con esto la posibilidad de ser sujetos constituyentes de la nación. Porque no es que las prostitutas carezcan de derechos, la verdad es que no se les considera ciudadanos por ser mujeres que encarnan los ideales de mujer chilena. Como mujeres objeto son relegadas a la utilización vacía de sus cuerpos, solo teniendo valor para los pobres desdichados que caen en sus brazos cada noche.

3.- Los grupos, sus miembros, sus saberes y sus miedos.

Dentro de la diversa comunidad imaginada que compone la novela, encontramos marcados grupos, que representan en diversas formas la corrupción de una sociedad fragmentada por la ambición y los vicios. El primero y el que parece adquirir el papel protagónico en este baile de sombras y agonías es el roto.

3.1 El roto, el varón sin cuna.

Como estudiamos en los apartados anteriores, la figura oficial del roto aludía la gallardía y al arrojo de un personaje respetado, discurso desmitificado por Edwards Bello en las siguientes líneas: “Al lado de la estación, pero casi invisibles, como conviene en una ciudad que sólo tolera al roto en la fiesta patria (...)” (2009: 4). Como podemos dilucidar, el roto no era un personaje que asistiera a fiestas de salón y menos podía ser orgullo para el círculo letrado del país. Por lo tanto, su incorporación en la construcción nacional es interesada y frívola. Un ejemplo claro de roto y del proceso que conlleva convertirse en un hombre chileno de la calle Borja es Esmeraldo. Este niño criado entre las faldas de las prostitutas, jugando a *pata pelá* con los rufianes, cobijado por los fríos rieles de la estación, es el prototipo vivo de la desesperanza y una rutina sin salida. Edwards describe a Esmeraldo en su infancia como: “Un pillín apto para el desarrollo de los vicios cuyas semillas esparcían los cuatro vientos en esas barriadas. Tenía ese color aceitunoso y esa figura rotunda y agresiva de los efebos indígenas. No le habían enseñado a respetar; no sabía amar ni cuidar. Las malezas de los instintos primitivos crecían en él sin freno” (Edwards, 2009: 14).

Las palabras escogidas para caracterizar morfológicamente a Esmeraldo, revelan la existencia de una división entre “efebos indígenas” y otro grupo poblacional. En resumidas cuentas, no todos poseen aquel “color aceituno” ni esa “figura rotunda” y “agresiva”. Esto deja entrever un problema nacional que nace de la evasión del mestizaje como proceso generalizado. Foucault se refiere a un evento similar en el siguiente fragmento de *Defender la Sociedad. Curso en el Collège de France, 1975-1976* (2001): “(...) hay dos razas cuando hay dos grupos que, pese a su cohabitación, no están mezclados a causa de diferencias, disimetrías, barreras debidas a los privilegios, las costumbres y los derechos, la distribución de las fortunas y el modo de ejercicio del poder” (Foucault, 2001: 77). No señalamos la existencia de dos razas, sino la presencia de un pensamiento colectivo de separación de colores y clases (imaginario racial). Separación que posicionaría al roto en el eje de lo

oscuro, pobre, plebeyo e iletrado. La raza blanca, española y criolla, en cambio, sería la privilegiada, la letrada y la encargada de edificar y redactar la historia de la que Esmeraldo no podía formar parte, ejercicio de poder que está siendo atacado a través de la literatura.

Al crecer cubierto de los prejuicios y los destellos que provenían del otro lado de Alameda, Esmeraldo comenzó un trance donde iría perdiendo su inocencia paulatinamente, cambiando su sensibilidad por el cinismo del que nada tiene que perder. En la novela se aprecia la conversión de niño a muchacho, donde éste ya es capaz de reparar en su cruda realidad. Dicho proceso se enmarca dentro de la metáfora de la enfermedad, pues como todo enfermo al fin de su agonía vislumbra los oscuros secretos de la vida y volviendo a esta con más fuerza.

Pasó el trance por milagro y cuando volvió a la vida, al abrir sus grandes ojos melancólicos a la desolación de esa ciudad doliente-de esa calle Borja cuya fisonomía era un rictus doloroso-, le pareció que salía de su crisis con un renovamiento de energías; apto para trabar la batalla que se adivina tan cruda en el ajeteo de ese rincón mísero, entre el polvo y los montones de estiércol (Edwards Bello, 2009: 17).

Esta mutación, está relacionada con la adolescencia, etapa en que el roto Esmeraldo, es capaz de evidenciar las desigualdades y aceptar su realidad. El roto no se resiste, sino que se deja llevar por los caminos que le depara su ambiente; los vicios y las pocas oportunidades lo llevarán a la culminación de una historia repetida por sus antepasados.

Revisemos brevemente como es descrito Esmeraldo luego de ser expuesto ante los lectores de la prensa nacional:

(...) Esmeraldo Llanahue no es alienado; no es el impulsivo irresistible que nos representa la epilepsia; ni el nervioso irritable, ni el histérico propenso a las crisis convulsivas; no es el alcoholista, paralítico general, hipocondríaco; ni el delirante emotivo. No es, en fin, el perezoso, el disipado, el hipócrita, el decrepito con sueños y alucinaciones extrañas o monstruosas concepciones. Descartada la hipótesis de alienación veamos el análisis físico: cráneo de dimensiones ligeramente anormales, índice cefálico 78,3 braquicéfalo; leve asimetría cráneo-facial. Pabellones

auriculares desiguales y de lóbulos adherentes, paladar excavado y asimétrico. Constitución física fuerte. El examen de los diferentes órganos revela taras hereditarias. Pupilas iguales, reaccionan con dificultad. Ligeramente exaltación de la sensibilidad en los miembros inferiores. Reflejo patelar exagerado, plantar casi abolido al contacto, acentuado y convulsivo al pinchazo. Su audición es inculta: en la celda suele silbar aires populares de manera especial, desafinada, discordante y violenta, tamboreando con los talones. Gusto y olfato normales. Lo más notable que revela el examen de este muchacho es la hipertrofia de la glándula tiroidea con trastornos cardiovasculares, taquicardia, temblores constantes, etc., que a pesar de la ausencia de exoftalmia, forman un conjunto de síntomas que encuadran en el síndrome conocido con el nombre de Bocio exoftálmico o enfermedad de Basedow (Edwards Bello, 2009: 151).

Las características atribuidas a Esmeraldo se extrapolan a un grupo (rotos jóvenes de sexo masculino). La exposición de las características medibles, representan un permiso otorgado por el Estado para exponer a un cierto grupo en disección pública. Este informe tiene por autor a un médico, representante de la ciencia y del saber clasificado, quien a través de un examen pretende lo siguiente bajo códigos foucaultianos: “El examen es la vigilancia permanente, clasificadora, que permite distribuir a los individuos, juzgarlos, medirlos, localizarlos y, por lo tanto, utilizarlos al máximo. A través del examen, la individualidad se convierte elemento para el ejercicio del poder (*La vida de los hombres infames*: 75). Este brutal ejercicio de poder permite a la clase letrada elevarse, clasificando y examinando al paria desde la morbosidad. Da cuenta de la peligrosidad del individuo y justifica el imperativo ético de someterlo por el bien común. Por consiguiente, nuestro protagonista se transforma en la línea divisoria entre las dos caras de la nación, una que se identifica con él y otra que lo repudia, lo lee y lo categoriza como un “otro”, como infame. Ni la aristocracia ni la clase letrada quiere ser connacional al roto, no hay comunidad que lo acoja en la leyenda dorada.

Ahora bien, Esmeraldo representa el proceso que vive el chileno plebeyo hasta convertirse en roto. Éste experimenta una metamorfosis que reencarna la teoría de la evolución, pues debe sobrevivir a una fiebre provocada por la pérdida de la inocencia

(encuentro con la perturbadora figura paterna). Así mente y cuerpo se adaptan para desenvolverse en los distintos códigos sociales que se construyen en las calles del otro lado de la Alameda:

—Pero a mí no me gusta; ni al Pucho. El Pucho está enamorado de Carmen y va a matarlo; anda espiándolo. Si no lo mata él lo mataré yo. Las pobres son pa los pobres.

Esmeraldo le escuchó con interés y se quedó pensativo. El Pata de jaiva era incapaz de dar una cuchillada, pero él sí que era capaz. “Las pobres son pa los pobres” era una frase del Pucho. En el fondo, Pata de jaiva era un infeliz. (Edwards Bello, 2009: 49).

La dignidad de la calle, la soledad, el valerse ante la adversidad son denominadores comunes que protegen entre ellos. Como clan no permiten la mezcla de sus integrantes, ya que desconfían de cualquier muestra del lado brillante de la patria. En su genética guardan el recelo y el resentimiento de los abusos y maltratos interminables que han vivido desde que los mundos se cruzaron en aquella trágica batalla de sangre. El roto puede vivir con luz propia bajo sus propias leyes, aunque hayan demolido sus raíces como ocurre con La Gloria al final del relato.

La pérdida de las raíces, el alejamiento de la cuna, es otra característica psicosocial del roto confirmada en la figura de Fernando, un hombre ya resuelto que llega a la casa de Esmeraldo con el fin de ocupar el lugar del alcohólico y difunto padre. Fernando es un ser misterioso, carente de inocencia, un ser capaz de ver la realidad en toda su repugnancia: “Fernando era un prototipo de la raza soberbia y deteriorada. Nadie sabía de dónde venía; no tenía papeles ni antecedentes, pero hablaba de todo, con palabras justas para juzgar un momento difícil” (Edwards Bello, 2009: 31). Una vida áspera y llena de percances era la que había enseñado a Fernando a comportarse en momentos determinados, este saber es un saber particular que no es reconocido, pero que sin embargo es útil para vivir. No obstante, su conocimiento de mundo lo hace espantarse ante la rutina y los hechos que el resto vive

naturalmente respetando la inercia con que se reacciona en la barriada. Estos hechos provocan un distanciamiento autoimpuesto con los demás pobladores, el conocimiento de cierta manera lo aísla, provocando soledad al no poder estrechar lazos más férreos con su mujer. Ejemplo de ello es su reacción frente a la visita de los comisionados:

Fernando era el único que permanecía impresionado; el desparpajo de los agentes corrompidos, en su propia casa, le espantaba los vapores del alcohol, llenándole de rabia y asco; de buena gana les hubiese echado a puntapiés. La mano del policía violaba el pecho virgen de la criada, cosa que a ninguno llamaba la atención. La chiquilla se dejaba hacer por fatiga, por miedo a la autoridad, por el hambre que la doblaba sobre el plato, para el mareo de sus sentidos y porque aquello era fatal (Edwards Bello, 2009: 66-67).

Sin embargo, ante el poder, Fernando termina sometiéndose al mimetizarse con la vida que le ofrece Madroño. El personaje sucumbe ante su ambición al vislumbrar y lograr rozar las comodidades que ofrece la alta sociedad, por lo demás su forma de reacción es propia de los que no tienen nada y creen merecerlo todo. Por ende, cuando Madroño le muestra el círculo de la vida política por una rendija, este, cual perro fiel, acepta cualquier desafío impuesto con tal de alimentar las esperanzas de grandezas futuras⁷.

Esmeraldo, por el contrario, no llega a envidiar, él goza de la libertad que le concede su trono de estiércol e incluso, después de ser parte del proyecto de inclusión social de Lux, logra escapar para retornar al barrio y rememorar con añoranza los días de fiesta en La Gloria. Esmeraldo vive en una rebelión constante que no lo deja caer bajo el hueco de traición del que fue víctima Fernando. Desde niño vivió a los márgenes de la ley, como mínima bestia desconfiada de la civilización, prefería los oscuros lugares cubiertos por mugre para sentirse seguro. Las instituciones del panóptico higienista se habían llevado

⁷ Al respecto el texto nos entrega argumentación suficiente: “(...) con beatitud la figura gordinflona de su protector: sus ojos llenos de malicia, cuya expresión procuraba imitar en la calle Borja; sus barbas frondosas y su ventosidad abacial. Le parecía que estaba delante de un semidiós, y, acordándose repentinamente de La Gloria, sintió además una gran admiración por sí mismo que de los sucuchos de la sociedad se elevaba hasta los gabinetes suntuosos, para departir sin etiqueta con los hombres dirigentes, necesitados de sus servicios (Edwards Bello, 2009: 76).

las imágenes de una puericia feliz, como cuando se enfrenta al padre en prisión, episodio que descrystaliza la imagen infantil del patriarca heroico y debe aprender a vivir como otro rotito sin padre.

3.2 Las mujeres, contención entre las faldas rotas.

La mujer marginal, a diferencia del varón es descrita en el texto en más de una categoría. Esta puede ser retratada como un ser inocente, libre de degradación moral, como una mujer trabajadora y abastecedora o simplemente como una prostituta. Inversamente, todas poseen como característica común la contención, esta se presentará de la manera más pura y desinteresada como eco del metarrelato de la virgen.

Las mujeres habitantes del burdel encarnan la imagen de la prostituta corrompida. Si bien no son seres idénticos entre sí, presentan características comunes y otras especiales que permiten diferenciar los personajes relevantes de los efímeros. Estas mujeres encarnan aún las costumbres ancestrales de los primeros habitantes de esta región, supersticiosas y creyentes, se divierten con lo que no pueden tocar. Esa espiritualidad trastocada es un intento de llenar el vacío de los cuerpos que se pierden en manos ajenas.

Supersticiosas, fatalistas, la vida les aparecía como cosa pasajera, llena de sobrenatural; preñada de imprevistos; una encarnación singular de cosas fantásticas, alzándose siempre el mañana como una interrogación cuya respuesta sería un acontecimiento maravilloso. Del mundo positivo, de la vida exterior, les llegaba un eco vago. De la religión les seducía el lado sobrenatural: el hombre extraordinario que pasó por el mundo perdonando personas parecidas a ellas: ladrones o adúlteras (Edwards Bello, 2009: 10).

Al vivir el desapego del cuerpo, lo sobrenatural les regala aquel dejo de interioridad y misterio, aquello que poco a poco se esfuma al besar todos los días a la muerte y al ver a los ojos la soledad. El dinero y sus pocas bagatelas, les van robando sus verdaderos sentimientos, quedándose solo con sueños confusos y la esperanza de que estos le den pista

de una salida. Todas estas mujeres, a diferencia del varón, resguardan muy bien sus orígenes. Su familia y sus recuerdos de infancia son tesoros secretos que viven enterrados en los recónditos hemisferios de la mente. Sus historias son llevadas como un ramillete de florecillas empolvadas, estas son un recuerdo de la pureza primitiva que les arrebató la ciudad.

La lista de trabajadoras sexuales que circulan por el burdel incluye a Ofelia, la de las costras repelentes, mujer que cierra la historia atrapando a Esmeraldo entre sus faldas sin esperar nada a cambio. Esta es descrita en un principio como un ser vituperable y patético, pero en el transcurso de la obra su imagen comienza a mostrar matices de bondad que terminan por convertirla en un sujeto digno de admiración. Las siguientes líneas caracterizan negativamente al personaje:

Ofelia era de Quillota, prototipo de la mujerzuela pretenciosa. “señorita de familia, venida a menos”, agregando eses y des a las palabras. Era gruesa, con esa gordura color masilla que da la alimentación ordinaria a los seres condenados al reposo; transpiraba copiosamente y en verano despedía un olor desagradable (Edwards Bello, 2009: 10-11).

Como vemos Ofelia es descrita desde el defecto, desde las consecuencias que la sociedad ha provocado en su organismo al no dejarle más que “alimentación ordinaria”, imagen que inclusive la aleja de sus pares, Violeta, por ejemplo, “no podía aproximarse a la Ofelia sin sentir un asco profundo” (Edwards Bello, 2009: 44). Sin embargo, al pasar las líneas, el narrador comienza a otorgarle signos de humanidad, verbigracia las siguientes frases: “Quillota era su ciudad natal, un paraíso. Tan chiquita había salido de allí que apenas recordaba” (Edwards Bello, 2009: 68). Así comienza a humanizar una figura tan lamentable. Posteriormente, describe el emocionante reencuentro con su ingenua madre campesina, luego su fidelidad incondicional ante la muerte de su compañera Laura: “Ofelia era la perra fiel, echada en el suelo; sudaba copiosamente y brillaban las costras de su cara. Sus ojos hinchados, su obesidad pálida, exangüe, todos los detalles de su persona se hadan

más patentes frente a la muerte” (Edwards Bello, 2009: 115). Ofelia entonces reaparece signada por un valor y dignidad que no tuvo al comienzo del relato: “Era ella, la amiga de Laura, la de las costras repelentes, el mejor corazón de La Gloria. En ruina también como su calle; la ramera era otro desastre. —¿No me conoces? —preguntó el chiquillo. —Creí que sería un inspector —dijo la mujer tratando de reír—. Arrímese que le vea la cara” (Edwards Bello, 2009: 158).

Ofelia, la prostituta de mejor corazón, posee un atributo que entre tanta oscuridad y mugre se transforma en una luz destellante que humaniza con violencia a pesar de la falta de belleza. Ella acoge como María Magdalena, al roto, al sarnoso, al sifilítico. Ofelia y las prostitutas de su tipo contienen a un país que se cae a pedazos. Con sentido maternal intentan contener los dolores de la podredumbre social que llora y muere todos los días un poco. Por otro lado, su amiga Laura encarna la degradación del ser, la podredumbre de su cuerpo enfermo, es reflejo de una nación que adolece frente a los vicios. La imagen de la prostituta enferma, arrebatada de su lozanía, nos revela el final de esas féminas nocturnas. La soledad y el relego de Laura a lo más paupérrimo de La Gloria, es muestra de lo que la sociedad hace con quienes no pueden seguir jugando sus roles en el soberano teatro nacional. Son arrojados a un rincón donde no estorben, para que agonicen en silencio y de esta manera impedir la contaminación. Pero no siempre fue así la vida de Laura, al igual que las otras guardaba gran fuerza y añoraba la inocencia del campo. La vida rural durante toda la novela hace el papel de un primitivo edén bucólico donde todos recuerdan haber sido felices:

Laura, en el último grado de la tisis, sabía que una abuela suya era rica, con chacra en Yungay; recordaba haber andado en tren hacía muchos años, pero no conocía a sus padres e ignoraba su edad. Era franca y apasionada, flaca como una galga; tenía los ojos negros, llenos de expresión y fuego. Cuando se armaba una gresca en el prostíbulo, sin averiguar quién tenía la razón, defendía a sus amigas a bofetadas (Edwards Bello, 2009: 11).

A excepción del anterior, el cuerpo de la mujer chilena que se representa en las mujeres de la calle Borja, es más bien robusta, gruesa, de gordas piernas y brazos, ojos negros y cabellos enredados. El recuerdo de un cuerpo como el de una madre consoladora, parece encantar de una forma incestuosa a los trabajadores que buscan un pecho donde posar sus problemas y una mano que acaricie sus cabellos mientras duermen. Etelvina era el fiel reflejo de esta mujer: “Etelvina era la gruesa, se complacía en medirse las caderas con la huincha de un carpintero amigo y anunciaba la cifra alarmante con orgullo. Sobona, pesada, contaba cuentos a los chicos de Clorinda y terminaba abrazándoles con furia besucona y bulliciosa (Edwards Bello, 2009: 11). Las mujeres del bajo pueblo poseen esa codicia de obtener lo que los futres tienen en abundancia en el lado brillante de Santiago. La Julia una mujer bonita y curvilínea cree que la belleza la hace superior a sus compañeras, lo que desemboca en constantes conflictos. “Julia, la bonita de la casa; desde las cuatro de la tarde empezaba a ocuparse sin descanso. Vivía en el mismo cuarto de Etelvina, que manifestaba por ella una amistad violenta y extraña. Cuando no había parroquianos se acostaban juntas, diciéndose zalamerías” (Edwards Bello, 2009: 11).

Su codicia nace del abandono y del arrebato de todos sus sueños y deseos. Ella es producto de una nación que convierte a la mujer en un objeto para calmar sus placeres, es castigada por querer ser dueña de sí y de su cuerpo. Precisamente en la novela se menciona que Julia es echada de la casa donde trabaja, se deja entrever que su salida habría estado condicionada a su sensualidad. Por otro lado, las otras tres prostitutas que habitan La Gloria: Rosalinda, Catita y La Choca, aunque poco mencionadas en la novela, son producto de una nación mal sana, donde la violencia, la envidia y los vicios se hacen parte de la vida cotidiana: “Las otras tres; Rosalinda, Catita y La Choca, eran seres nebulosos, sin personalidad; pendencieras, borrachas y ladronas. Vivían en el mismo cuarto, hediondo como establo, armando grescas violentas” (Edwards Bello, 2009: 11).

Esta gama de personajes femeninos es descrita como un residuo nacional, desecho de una de una sociedad que avanza a zancadas sin esperar a nadie. Rezagadas, se han visto

confinadas a pasar sus días siendo las mujeres de una noche en que comparten con muchos otros rezagados que, al igual que ellas, pelean a diario por continuar el baile de la vida.

Para coronar esta lista, no podíamos dejar fuera a Clorinda. La tocadora de La Gloria, una Eva terrenal, encarna en ella todo el misterio, la seducción y el orgullo, propio del mestizaje violento que se vivió en estas tierras. Orgullosa por no ser igual a las otras mujeres del lugar, se paseaba altiva entre los concurrentes al local. Una rota hecha y derecha, que gallarda pero cínica, lucha por sobrevivir y esquivar las distracciones y libertinaje de la vida que le ha tocado. Acostumbrada a los vicios y la podredumbre de la calle Borja termina por dejarse abrazar y goza de lo poco que puede recoger de entre aquel basural.

Era una mujer robusta, entrada en carnes, sin exageraciones, con esa lozanía lustrosa y morena de las hembras de Chile. Sus pestañas, recias y negrísimas como sus cabellos, parecía cerrar los párpados bajo su peso. El cuello, liso y bien torneado, hacía destacarse netamente el nacimiento de la cabellera, que arrancaba llena de vigor en remolinos de azabache. Cuando hacía calor despedía su carne un vago olorcillo de salud y se advertía dentro de ella el flujo impetuoso de la sangre generosa. Entre las mancebas de *La Gloria* tenía prestigio de lectora y pendolaria: les escribía cartas, les leía las que recibían y en alta voz les enseñaba los pormenores de los crímenes sensacionales. También sabía descifrar sueños (Edwards Bello, 2009: 10).

Clorinda es portadora de un saber sometido⁸ que la hace acceder a un conocimiento particular. Dicho conocimiento consistía en un alfabetismo precario, pero suficiente para sacar de apuros a las mujeres del prostíbulo, descifrando el código escrito de la prensa que traía de vuelta las acciones ocurridas en el barrio, pero alimentadas con el ojo de la editorial que todo lo cubre. Por otro lado, tenía la capacidad de descifrar los sueños, acción invalidada por la autoridad científica. Era el perfecto balance entre el saber popular mestizo y el intento de modernidad traído del extranjero, que ya se calaba en nuestro identitario nacional.

⁸ Ver Michel Foucault. *Genealogía del racismo* (Madrid, Piqueta, 1996).

3.3 Siervos de la gleba criollos, mutación degradante en la urbe

El espacio agrario es representado en la obra como un idilio, del que solo se tiene la nostalgia de un recuerdo borroso. Éste alejado del panóptico, mantiene la inocencia de sus habitantes que trabajan día a día para llenar los bolsillos del hacendado pero que aún mantienen la pulcritud que devoran las instituciones del poder. Este elemento se revela a través de la figura de María, joven e inocente campesina que llega a trabajar a La Gloria sin saber lo que ocurría en el lugar.

Era una muchacha robusta e inocentona, nacida en tierras de Aconcagua; sus padres inquilinos ignorantes, la habían entregado como una presa a la gran ciudad, por veinte pesos al mes, casa y comida, sin averiguar más. Tenía las facciones características de la mujer nacional: la boca de labios carnosos, los ojos de chilena pura, admirables, aunque algo bovinos, tan grandes con su expresión bondadosa y pasiva; la piel mate y los cabellos castaños, rizados y espesos. No tenía las manos finas, ni el talle esbelto; su cuerpo era macizo, asentado en piernas fuertes como columnas (Edwards Bello, 200: 51).

Es interesante como se hacía asocia al campo con la inocencia, es como la nostalgia de Adán por el Edén, una búsqueda incesante por el contacto con sus inicios, con su verdadero hogar. María representa la movilidad (migración) del campo a la ciudad en busca de oportunidades: “La pobreza de su hogar la había arrastrado a ofrecerse en una sección de *El Mercurio* como sirvienta de mano, e inocentemente había caído en esa mancebía” (Edwards Bello, 2009: 51). La ignorancia en la que el terrateniente mantenía a sus inquilinos, los llevaba a vivir en condiciones deplorables, no alcanzándoles así para mantener de forma satisfactoria a su familia. Padres e hijos debían separarse a edad temprana para buscar alimento y dar espacio en la casa a los hermanos menores, estas situaciones son las que llevan al campesinado a emigrar a la urbe en que muchos, según nuestro análisis, acaban por convertirse en rotos. Aunque María se siente atraída aún por las caricias del campo, ella trabaja a gusto y honradamente para las mujeres de La Gloria: “El

inquilino de fundo, mantenido sistemáticamente en estado de ignorancia, acostumbrado a la opresión, siente un respeto supersticioso por todo lo referente a la ciudad” (Edwards Bello, 2009: 52). La sirvienta se siente obnubilada por todo lo que simboliza la ciudad, que le lleva incluso a sentirse torpe ante la vida extravagante de las otras mujeres de la casa.

Pero durante la novela, María se va transformando, como antes anunciamos, el huaso o campesino y el roto convergen, desconociéndose de dónde parte uno y dónde termina los cimientos del otro. Este proceso de degradación de María comienza con la ruptura del deseo romántico, esto ocurre en el momento en que un roedor asaltó con sus garras el pan duro en que guardaba sus ahorros. Este acontecimiento provocó el llanto de la muchacha contribuyendo al diluvio de sus ilusiones. Similar fue su dolor al ver a Violeta desilusionada tras la engañosa visita de “el príncipe” que no resultó ser más que uno de los tantos clientes desesperados por la carne caliente de una mujer⁹.

Posteriormente, la degradación del personaje se corona con la bebida¹⁰, así “los obreros pagan tributo a Baco, obedeciendo a un salvaje atavismo que les llama con fuerza ciega”. Así, en un rito pagano, María deja de ser una campesina para comenzar a vivir como los rotos. Recordemos el pasaje con las palabras del autor: “María escuchaba desde la puerta, entusiasmada y nerviosa, ya con tres vasos de chacolí en el estómago. Era la primera vez que bebía, forzada por el hambre y el calor” (Edwards Bello, 2009: 66). A pesar de lo anterior, María nunca dejó de extrañar al campo que la vio crecer. Recordaba constantemente su expansiva y bella geografía, dibujándola con libertad y paz en la tierra. La naturaleza rural, se opone a la ciudad sin alma, y deseosa de contaminación y corrupción: “Lo que produce el campo lo traga la ciudad en forma descorazonante, sin recibir recompensa el brazo que suda o la tierra que da ciento por uno” (Edwards Bello,

⁹ No podemos olvidar el deseo de entregarse a la vida religiosa que Clorinda se obstina en borrar de la muchacha entregándole ilusiones de un trabajo decente.

¹⁰ La criada, que no podía más de hambre, se puso valientemente al lado del individuo grande, mal encarado, que la miró de manera cínica y tomándola seguramente por lo que no era, pues le echó un brazo alrededor de la cintura. Rendida la muchacha, hambrienta, con el chacolí que le turbaba las ideas, dejó posarse sobre su corpiño la mano judicial (Edwards, 2009: 66).

2009: 54). De a poco la locomotora de frío corazón avanzaba rauda y segura por los rincones de la nación, sin nadie que la pare, avalada por la codicia y el egoísmo de aquellos que llevan apellidos suntuosos y que viven rodeados por las luces.

3.4 Clase media, esfuerzo y transfiguración

Ya describimos a los resignados miembros de la base de la pirámide social. Como bien dice Roberto Hozven en su artículo “La ciudad de Santiago en el sentir Joaquín Edwards Bello y de Jorge Edwards” (2006):

De este modo, la estación segrega dos grupos sociales opuestos: el bajo del alto, el bárbaro del civilizado. Oposición que también aparece en las primeras páginas de *Casa grande* (1908), la novela coetánea de Luis Orrego Luco. Sin embargo, esta oposición social se diluye desde un punto de vista moral: una misma corrupción de las costumbres atraviesa ambos grupos sociales, asimilándolos en una etopeya común (2006: 7).

Como vemos la presente dualidad, entre pobres y ricos se ve unida por la corrupción de sus almas, propia de la ambición e individualismo que arrastra consigo la modernidad creciente. Pero a pesar de lo anterior, vale recordar que en la obra *El roto*, nos encontramos con matices, con esto nos referimos a la naciente clase media, a la cual Edwards no describe en buenos términos. Esta clase se construye así misma desde el deseo mimético¹¹; el chileno medio como un camaleón intenta blanquearse para trabajar entre los poderosos, tiene amnesia del pasado, lo único que lo mantiene vivo es el orgullo de un presente de batallas laborales. Empero, sigue siendo la aristocracia la causante de esta mutación social, la “capacidad devoradora” que el autor reconoce en su familia que poco a poco comienza a

¹¹ Stéphane Vinolo explica en palabras simples la teoría de René Girard: “El deseo mimético no es el desear imitar al otro sino exactamente lo contrario. Es querer diferenciarse del otro y estar condenado a imitarlo para hacerlo. Por lo tanto, muy lejos de querer conscientemente perder su identidad, los hombres tal como los piensa Girard, están en una perpetua lucha para diferenciarse los unos de los otros, es decir, para afirmar su identidad individual en contra de la del grupo” (Vinolo, 2010: 25).

reclutar un ejército de oficinistas monocromos para sus fines. Fines para los cuales no le basta un roto que es puro cuerpo.

El ingreso de jóvenes de la clase media a un imperio como ese lo hizo irresistible. El poder de absorción de la rama de Agustines Edwards tiene algo de magia. Los empleados más morenos, con sangre india, se mimetizan como camaleones. Física y mentalmente asimilan rasgos duros y metódicos de los bancarios Edwards. El diario se ha tragado a Chile asimilando pura sangre chilena (Edwards Bello, 2009: 130).

La clase media, a diferencia de la alta, había bebido el amargo trago de la pobreza y como merodeador nocturno veía desde la ventana los bienes del poder. Estos anhelaban abrir desde lejos la puerta que resguardaba los lujos y el poder. Puerta que solo se abriría con el trabajo arduo y maquinal, la vestimenta impecable y la lealtad férrea y virulenta a su explotador:

Las máquinas de escribir no paraban. La escalera de mármol dividida en dos, era pretenciosa y fea, de mármol y parada. Todo era así, pretencioso, feo y hurraño. Cuando Fernando se decidió a subir, su corazón palpitaba con fuerza. Vio otra serie de celdas u oficinas. La gente más humana era la de los mozos, con caras de buenos y serviciales. A los otros se les había subido “El Mercurio” a la cabeza. Se componía de jóvenes de clase media provinciana. Hijos de pequeños agricultores, de funcionarios de correos, de ferrocarriles o de aduanas lejanas en poblachos tediosos. Encauzaban sus actos para labrarse situaciones seguras, conservadoras... Serían defensores de la oligarquía (Edwards Bello, 2009: 130-131)

La clase media, entonces, termina por perder su humanidad al convertirse en engranajes o herramientas para producir. “Las máquinas de escribir no paraban” pues estos hombres vivían en una simbiosis con su objeto de trabajo, se burlaban del roto, se burlaban de Fernando y sus primicias impublicables. Eran fríos, tal vez por ello los Edwards los habían reclutado de tiempo y cuerpo completo; se los había tragado el trabajo y los poderosos. Pero ¿Quiénes eran los poderosos? En la novela se reconocen apellidos e instituciones, sin embargo, hay una bruma que no deja ver los verdaderos causantes de tanta fetidez, tal vez porque nadie sabe con exactitud quiénes son. La población, la prensa, los

medios en general solo tienen acceso a los políticos, pero siempre existirán anónimos que juegan desde las alturas con sucios muñecos de trapo e idénticos soldaditos con máquinas de escribir.

4. A modo de epílogo: caída remecedora de cima a base

La aristocracia chilena está compuesta por seres que de vez en cuando bajan a los antros para apostar sus bienes a cambio de entretenimiento en el Club la Unión. Ahí se reunían personas de todo tipo a quienes les unían los vicios en común. En este contexto creemos que el alcohol y el juego son manifestaciones de decadencia y degeneración de la nación. El narrador se encarga de poner en el centro los rostros del vicio y la corrupción¹²:

Doria es uno de esos nombres estelares que reúnen catolicismo, aristocracia y plutocracia, deslumbrantes y admirables por la cantidad de privilegio social y goce amplio de la vida que integran. En casi todas las capitales hispanoamericanas existen Dorias. Jacinto Valsarino, el íntimo de Doria, de familia católica, distinguida, pero pobre, era gorrón somormujo, aceptado generalmente por chismoso y servil (Edwards Bello, 2009: 121).

Y al final, en la base amplia de la pirámide, nos encontramos con los pobres, gente sin apellidos importantes y nombres suntuosos pero que sin embargo fueron utilizados como material (carne de cañón) para construir la nación, como fuerza productiva que debía mantenerse rondando y así dar señal unidad. Los pobres o rotos que han dado la vida por forjar una nación libre y sin ataduras ahora son simples desechos humanos lanzados y relegados a los rincones más ínfimos y asquerosos de la tierra. Como ratas deben vivir escondidos de las instituciones públicas (policía, alcaldías, gobierno, etc.). Estos rotos no

¹² En la descripción de los miembros del Club también estaba Martí, Sebastián Martí, de la calle Catedral, mancebo de buena familia que visitaba las barriadas animado por el vicio. El mismo que embarazó a Carmen, hermana del Pata de jaiba. Este sujeto termina muriendo a causa de su envilecimiento, además de pagar la culpa de toda una clase al ser asesinado por un celoso Pucho.

logran encontrar asilo en los brazos del poder, sino que son precisamente estos quienes se encargan de eliminar sus vestigios de dignidad. Para formarnos un retrato mental más fidedigno volveremos a las palabras de Edwards, precisamente las que describen a una aristocracia que vive en una moral añeja, que intenta perpetuarse mediante la disminución del otro.

Los santiaguinos ricos o acomodados (“la gente bien”), viven en el mejor de los mundos, en “el centro”; sin sospechar que, en los barrios periféricos, allá, cerca de la Estación Central, y en los suburbios, críanse en un ambiente de inmoralidad e inconsciencia un sinnúmero de desdichados de cuya educación y civilización casi nadie se acuerda (Edwards Bello, 2009: 6).

El imaginario del autor y su perspectiva liberadora de la imagen del roto plasmado en su célebre novela, la convierten en un terremoto social facultado para derribar la cáscara de hipocresía que cubre la imagen nacional viralizada en los medios escritos. Lo que hace Edwards Bello puede sintetizarse de mejor manera a través de las palabras de Foucault en *La vida de los hombres infames*:

(...) la novela se liberó de lo fantástico y no se desarrollará más que liberándose totalmente de sus ataduras. La literatura forma parte, por tanto, de este gran sistema de coacción que en Occidente ha obligado a lo cotidiano a pasar al orden del discurso, pero la literatura ocupa en él un lugar especial: consagrada a buscar lo cotidiano más allá de sí mismo, a traspasar los límites, a descubrir de forma brutal o insidiosa los secretos, a desplazar las reglas y los códigos, a hacer decir lo inconfesable, tendrá por tanto que colocarse ella misma fuera de la ley, o al menos hacer recaer sobre ella la carga del escándalo, de la trasgresión, o de la revuelta (Foucault, 1996: 89-90).

La novela entonces, no hace otra cosa que retratar un nuevo imaginario de nación chilena regente en la época¹³. El autor nos cuenta la realidad según sus ojos, pero sin

¹³ Ignacio Álvarez en *Novela y nación en el siglo XX. Ficción literaria e identidad* (2009) citando a Culler recuerda que “El vínculo entre novela y nación, entonces, debería distinguir entre la novela “como una condición de posibilidad de imaginar la nación, y la novela como una fuerza dentro de la formación o

olvidar los males que aquejan a la población. *El roto* da cuenta de un grupo que converge en las tristezas, en el hambre y en el silencio. No obstante, son estos quienes bailan y se exhiben como centro del interés, bajo a las luces escénicas en que Joaquín Edwards Bello los ha pintado.



legitimación de una nación que necesita mantenerse” (2009: 33). La cita anterior nos muestra la novela como un arma de doble filo, por un lado la novela puede mostrar y dar cuenta de una nación y por otro es ella misma capaz de fijar ciertos imaginarios de nación que la clase política dirigente desee mantener y dar a conocer tanto a los conciudadanos como al resto del mundo. Es por esto que se debe ser cuidadoso a la hora de mencionar a la novela como un retrato de la identidad nacional. Si bien en este caso Edwards nos intenta mostrar precisamente el lado olvidado de la historia oficial, sigue siendo una imagen subjetivizada por sus pensamientos y creencias.

CAPÍTULO II:
Balance patriótico. Especificación y estudio de los elementos de la balanza huidobriana



El ensayo *Balance Patriótico* (1925) nace en una época, como ya hemos señalado, contingente y bastante polémica. Huidobro es uno de los escritores que revoluciona un centenario ya revuelto entre las controversias y las críticas a la nación emergente. En este contexto su ensayo ironiza alimentándose de las falsas imágenes nacionales que se esparcen por los medios oficiales, por supuesto esto atraería tanto seguidores como adversarios.

Respecto del marco histórico de *Balance Patriótico*, el doctor en filosofía de la Universidad Católica de Valparaíso, Gustavo Celedón, aclara el contexto económico en el que se desarrolla el país en el primer cuarto de siglo XX:

Esa inercia de un Chile del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, encuentra su modernización en la economía neoliberal. Esta economía no hace sino garantizar todo aquello que señala Huidobro. Circula el desprecio por quien, en las afueras de la célula, se las arregla mejor con el mundo. Por quien, a fin de cuentas, tiene el talento que esta economía, en clave-desprecio, traduce o convierte en capital, en habilidades de esto o de otro, en publicaciones indexadas, en condecoraciones múltiples (Celedón, 2013: 184).

Chile ante las modificaciones políticas termina sucumbiendo a los vicios de un nuevo sistema económico, de una nueva forma de gobernar y de una nueva de administrar. En suma, existe un cambio de papeles en el ámbito político, además de la incursión de nuevos rostros y grupos preparados a tomar el mando del desarrollo de la población. Mario Góngora en *Ensayo histórico sobre noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX* (1981), describe este proceso en los siguientes términos:

El Chile anterior a 1891 era vigoroso y rico. Huidobro ha enunciado el mismo sentimiento en el “Balance Patriótico” al comparar los apellidos “vinosos” (la vieja aristocracia) con los apellidos “bancosos” (la nueva plutocracia). La antigua oligarquía cometió muchos errores-dice-, pero no se vendía; la nueva aristocracia de la Banca todo lo cotiza en pesos (Góngora, 1981: 74).

La plutocracia venía de regirse en otros términos y bajo otros métodos, los cuales comienzan a instaurar una modernización propia de los estados extranjeros, ésta traería

fuerzas repercusiones en el imaginario nacional. Así las identidades creadas en base a las actividades laborales o las costumbres propias de una nación en formación se empezarán a mezclar hasta existir difusos márgenes entre los identitarios nacionales, identidades que según el autor constituyen un paisaje decadente.

Las características que rondan la configuración de identidades nacionales son la hibridez y el desorden, peculiaridades propias de un género textual que, según Mario Góngora, no puede ser incluido dentro de “la historia política, social, económica o cultural” (Góngora, 1981: 5) sino que son historias de una ‘noción’, en palabras del mismo. Es así como el *Balance patriótico* termina formando parte de un conjunto de ensayos que el historiador utiliza como muestras para construir la noción general de un periodo histórico:

Se trata aquí esta historia en forma de “ensayos”, esto es, en una forma libre y abierta, sin ninguna pretensión de sistema, ni con las exigencias rígidas de una monografía. Un ensayo histórico es también una investigación, pero su objetivo es hacer considerar o mirar algo, sin tratar de demostrarlo, paso a paso (Góngora, 1981: 5-6).

Los gritos desgarradores de denuncia suelen ser erráticos, por tanto, resulta naturalmente complejo encasillarlos dentro de un solo sentimiento, esto es precisamente lo que nos sucede con Huidobro, su enojo, su impotencia, sus miedos le impiden utilizar un género raído por las antiguas convenciones literarias, necesita libertad para expresar sus sentimientos. Es precisamente aquí cuando *Balance Patriótico* se convierte en el lienzo para construir o deconstruir, dependiendo de la perspectiva del crítico o lector, los pilares mal afirmados de la nación.

Por otra parte, es importante mencionar que los autores que han analizado a *Balance patriótico* son escasos y se han dado en un plano más bien periodístico que literario. Entre ellos podemos mencionar a Santiago Quer Antich en un artículo presentado en el diario La Época de Santiago, que lleva por título “Huidobro político” el cual dice que *Balance patriótico* es un: “(...) balance en el cual aboga por el despertar de una raza que ha de ser

redimida por el hombre total, pese a que denuncia una aguda crisis del hombre en el país. Es clarísima su intención de “hacer país” con los jóvenes” (1994: 14). Quer Antich reconoce un efecto de redimir la modorra en la que se veía envuelta la nación. Por otro lado Jorge Andrés Palma en su artículo “Necesitamos lo que nunca hemos tenido un alma”, publicado en el diario *El Labrador* de Melipilla señala frente al problema que expresa Huidobro en su escrito lo siguiente: “(...) quien plantea un problema ha de plantear una solución, y Huidobro no constituye la excepción a la regla. El autor apuesta a la fuerza y lucidez de los jóvenes” (2003: 19).

En la nación enferma referida por Huidobro se incluye una serie de estereotipos no aceptados por los ciudadanos

s del país. El poeta se encarga precisamente de resaltar los matices ocultos por las generaciones fundacionales de la nación chilena. El antropólogo Yanko González en su apartado ““Qué los viejos se vayan a sus casas’ Juventud y vanguardias en Chile y América latina” incluido en el libro *Movimientos juveniles. De la globalización* (2002) apunta que:

En gran parte de América Latina dicho trayecto está signado por un parte, por las luchas entre la "fronda" aristocrática, oligárquica, católica y conservadora, que frenaba tercamente la expansión de la modernidad (económica y cultural); y por otra, por un sector mesocrático y obrero en continuo crecimiento, que impugnaba la redirección de la modernidad, democratizando la sociedad a partir de cambios sociales y culturales profundos, criticando la sola "modernización de las apariencias" (González, 2002: 61).

Al parecer los escritos de Huidobro, tal como los escritos de Joaquín Edwards Bello y la llamada generación descristalizadora en general, se dedican a describir y evidenciar estereotipos para así desgarrar fuertemente las ilusiones de progreso que la clase alta pretendía propagar en el país y en el resto del globo. Chile crecía, pero desigualmente hacia el futuro. Huidobro se convierte en portavoz de los olvidados, de los ocultos residuos

nacionales que terminan siendo víctimas de una justicia parcial¹⁴. Huidobro toma el contexto físico de los arrabales, retrata un conjunto de cuerpos enfermos, viciosos y extrapola su imagen a la de una patria que se cae a pedazos. *Balance Patriótico*, en este sentido, es una cuenta pública coléricamente desnuda que deja en evidencia toda la vergüenza de un país cuyos destrozos son causa de la clase dirigente, grupo social que, aunque seguro de sí, no era más que una masa de seres ignorados por un mundo que olvidó a Chile sin nunca conocerlo realmente. Frente a esta situación los intelectuales de la época, entre los que se cuenta el poeta, parecen rebelarse a través de la escritura. Es así como surge un perfil de pensador que definiremos en palabras de Francisco Javier Pinedo en *Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el centenario: 1900-1925* (2011):

Se trata de un pensador que se ve a sí mismo como la conciencia lúcida de la sociedad, pues cree saber lo que sucede en ella y poseer la solución para los problemas que denuncia; un pensador que opina desde sí mismo y para un país que es el suyo. Son pensadores que en sus obras intentan representar (criticar) al país completo: la clase alta, la media y la popular (Pinedo, 2011: 30).

El poeta forma parte de una generación de intelectuales que evaluaban sinceramente la situación, grupo que “realizó un balance negativo del país, -y que- se le conoce como «Generación del Centenario»” (Pinedo, 2011: 30). Esto causó cierto resquemor entre los gobiernos de turno, de hecho, fueron bautizados de manera peyorativa “aguafiestas”. Pinedo en el artículo antes citado señala al respecto: “Todo parecía funcionar bien. Mientras esto sucedía, los «aguafiestas» ponían en evidencia las contradicciones y limitaciones de la sociedad chilena desde una mirada múltiple: nacionalista, antiliberal,

¹⁴ Aunque debido al contexto del acontecer nacional, Huidobro al igual que los políticos de la época, deja afuera de su discurso a los pueblos originarios, no considerándolos como sujeto de derechos.

socialista, anticlerical y antioligárquica, exigiendo una mayor participación del Estado en el desarrollo económico” (Pinedo, 2011: 32)¹⁵.

Balance Patriótico no es solo una crítica, es una guía para aprender a gritar las injusticias de un país que está carcomido por las desigualdades y que vive en la falsa ilusión de crecimiento. Un país que sigue las direcciones de otros más desarrollados, queriendo imitar sus costumbres, sin arreglar aquellas ataduras propias que nos mantienen en el subdesarrollo. Huidobro trata de desdibujar la historia nacional, crea una propia y se dibuja a él mismo como un actor del cambio. María Paz Mira en el texto "La vanguardia política en Vicente Huidobro: el paso de una postura estética hacia la militancia política" (2008) agrega:

A partir de este análisis, se percibe que su objetivo fue el de originar e implantar la necesidad de “crear realidades” en un mundo propio que representase al individuo a niveles estéticos y políticos. Esto, con el fin de alcanzar un auténtico concepto de patria y nación, –sentimientos– que según el poeta yacían olvidados en la sociedad de la época. Para lograr esto, según Huidobro, debía implementarse una “regeneración” nacional, ideal plasmado tácitamente en su “Balance Patriótico” y en términos más amplios en Acción, en donde se planteaba que la juventud pedía “a gritos un Chile nuevo y grande”. Huidobro reconoció en esta juventud “limpia y fuerte”, la capacidad para llevar a cabo una “política realista y de acción”, por lo que el objetivo crucial del poeta en 1925, no fue otro que el de acabar y extirpar de raíz a los “viejos” de los que emanaba una “crisis de hombres” debido a su “falta de alma” (2008: 40-41).

¹⁵ Evidentemente, estamos hablando sobre una época de quiebres políticos que repercuten en el campo intelectual. Huidobro es producto de este quiebre en la política nacional, su prosa surge como respuesta a diversos conflictos que se estaba viviendo en el país y que no estaban siendo resueltos. Lo que ocurre particularmente con el artista en cuestión es apuntado por María Paz Mira en *La vanguardia política en Vicente y Huidobro: el paso de una postura estética hacia la militancia política* (2008: 40-51): “(...) el año 1925, marcó un quiebre en la obra del poeta tras la publicación del “Balance Patriótico” en Acción, diario de purificación nacional. Su –hasta entonces– poesía creacionista se vio reemplazada por un discurso político mediante el cual se dirigió a la juventud chilena. Discurso que, proyectado sobre la teoría estética literaria del poeta, propuso la ruptura con todo tipo de hegemonía política, social, extranjera o individual. Ya en 1914 con “Non Serviam” podemos advertir la antesala del “Balance Patriótico”, en donde Huidobro expresó la búsqueda de lo –fundamentalmente nacional–, instando al individuo a buscar su propio camino, su propia independencia y autonomía (2008: 40).

A pesar de la crítica social o el intento de ello, Huidobro al igual que Edwards Bello, fue criticado por su escrito principalmente por ser miembro de la misma clase a la que vilipendiaba. De hecho, Mariana Alvarado en “Ni aristócratas, ni rebeldes, ni tristes ni contentos: Escritura y Revistas Literarias de Joaquín Edwards Bello, Teresa Wilms Montt y Vicente Huidobro” (2010) rememora esta situación en palabras de Edwards Bello, primo político de Huidobro, quien le envía una carta manifestándole su sentir frente a los reproches que recaían sobre ellos:

En la carta inédita que Joaquín Edwards Bello (1887-1968) envió a Vicente Huidobro (1893-1948) el año 1922, período en el cual los primos políticos se hallaban en Europa, Edwards manifestó lo siguiente: Ud. y yo pertenecemos a la clase alta chilena y cuatro majaderos dijeron que en esa clase no puede existir talento. Nosotros hemos hecho el Milagro. Naciendo cerca del Club de la Unión, que es el punto más absurdo del planeta, tenemos talento (Alvarado, 2010: 30).

Ambos se rebelan contra la rutina del aristócrata, no pretenden adherirse a los clubes en los que yacen inscritos sus familiares ni profesan las mismas ideas. Ante estas coincidencias, Mariana Alvarado se atreve a relacionar sus comportamientos sociales con las postulaciones del sociólogo Pierre Bourdieu y su concepto *habitus* o subjetividad socializada:

(...) el *habitus*, definido por Pierre Bourdieu (2005) como el sistema de disposiciones moldeado por las estructuras sociales, es decir, la subjetividad socializada que reproduce los condicionamientos sociales pero que a su vez puede ser cambiado, para Edwards Bello, Wilms Montt y Huidobro, es centro de contradicciones existenciales y estéticas, a su vez que motor nutricional para la serie de estrategias textuales y discursivas que despliegan para escribir su propia trayectoria dentro del campo literario, donde destacamos la producción y participación de revistas literarias en los primeros veinte años del siglo XX. (Alvarado, 2010: 30)

En claros términos, Huidobro, Edwards Bello y Wilms Montt son sujetos capaces de cambiar su *habitus* en la medida que sus incursiones en la vida literaria evolucionen o se

rijan por una idea u otra. En este caso, los autores pretenden lograr una producción de bienes culturales por sobre una producción de bienes materiales, donde el segundo se traduciría, según las obras en cuestión, en el principal motor de la aristocracia criolla.

Por otro lado, debe recordarse que este ensayo fue publicado dentro de la revista *Acción*, fuente que, según la autora anteriormente citada, constituye un lugar para construir y cruzar líneas de pensamiento y difusión de los mismos. Huidobro ocupa la revista como una herramienta para una guerra que no tiene ganadores, solo perdedores conscientes del mal funcionamiento de un sistema que se cae a pedazos. Las revistas permiten que autores trotamundos tomen la tribuna que la prensa de la época había ensuciado con su falta de ética, siendo los guardaespaldas de las clases poderosas, en otras palabras, aquellas revistas sostuvieron la disidencia respecto de esa imagen país instalada por los poderosos y, por tanto, pretendía desenmascarar la vejez y el deterioro ético y moral de los gobernantes. Mariana Alvarado, nuevamente recordando al sociólogo francés, señala:

“Las revistas son, para Bourdieu (2005), bienes culturales que los productores que buscan posicionarse dentro del campo crean con el objetivo de aumentar su capital simbólico. Para Jacques Dubois (1988), las revistas son instancias institucionalizadoras. En tanto que Daphne de Marneffe (2007) y Paul Aron (1998) coinciden con la idea del “efecto red” de las revistas. Para nosotros, las revistas son un capítulo constructor del campo, por cuanto estas publicaciones son activadoras del espacio literario. Además, son lugares simbólicos de “visibilización” de nuevas subjetividades, a la vez que espacios de tomas de posición de los escritores y escritoras partícipes de ellas con la intención discursiva de contravenir su habitus e influir en las reglas del campo mismo. Por lo tanto, las revistas son la “trinchera” y a la vez el almacigo de nuevas sensibilidades que mutan a medida que van escribiendo la historia de la revista misma” (Alvarado, 2010: 36).

El antropólogo Yanko González en “Que los viejos se vayan a sus casas” (2002) ahonda más que en los aspectos estéticos del ensayo en su contexto de producción, de esta manera vincula al autor con movimientos estudiantiles y con el militar revolucionario Marmaduke Grove. El texto señala:

En agosto de 1925, funda y dirige *Acción. Diario de Purificación Nacional*, que se financia gracias a la ayuda de oficiales jóvenes del ejército y la armada, dirigido por Marmaduke Grove (este último más tarde líder de la experiencia socialista chilena anterior a la Unidad Popular, cuya duración fue de 12 días). Su orientación es promilitarista progresista y juvenil, solidarizando con los sectores más desposeídos y enarbolando la bandera de la "cuestión social". Sufre una serie de hostigamientos y ese mismo mes es agredido en dos oportunidades en las cercanías de su casa al denunciar actividades ilícitas del ámbito político-administrativo (González, 2002: 20).

La ácida crítica y la postura errática del poeta le traen variados problemas, agresiones y acosos por parte de sus adversarios. Esto proviene principalmente del hecho de que *Balance patriótico* representa una protesta ante una aristocracia y una clase política que no lo satisface. Entre las consecuencias de sus malas relaciones, Yanko González destaca la clausura de la revista *Acción* el 21 de noviembre. Sin embargo, Huidobro no da pie atrás y termina fundando otro periódico, esta vez, *La reforma*.

Reflexiones en torno a una virulencia política literaria

Balance patriótico nace de la efervescencia política en una época en la cual la reflexión sobre la economía, la educación y las proyecciones a futuro eran la tónica. Hablamos pues de las reflexiones de países jóvenes, naciones que aún no descubrían o reconocían los rincones más oscuros de su identidad. Identidad que es caracterizada por ser portadora de una hibridez, condición generalizable a toda Latinoamérica y por supuesto a nuestro país, que posee una rica mezcla de culturas, ideas y sentires.

A raíz de la celebración del centenario de la nación, Vicente Huidobro se ve en la necesidad de hacer una recapitulación de la historia e identidad nacional, por consiguiente, necesitaba de un género joven, fuerte pero flexible para poder representar una nación que emergió de la decadencia y el aislamiento geográfico. Es así como nace *Balance Patriótico*

ensayo breve, ilustrativo y cruel sobre los vaivenes de una patria de la que el poeta se siente salvador.

El análisis de este ensayo seguirá la perspectiva de Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas* y su definición de nación a partir de la idea de comunidad e imaginario social. La célebre definición del crítico irlandés señala: "...propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana" (Anderson, 1991: 23)¹⁶.

Los individuos que forman parte de la nación, aunque son incapaces de ver y conocer a todos los miembros de la comunidad, aun así los considera connacionales y siente cierta fraternidad o conciencia de bloque con ellos. En adelante procuraremos identificar qué individuos son imaginados y cuáles son olvidados en el ensayo *Balance patriótico*, seguimiento que nos permitirá tener un conocimiento de quiénes y cómo son los chilenos imaginados por el poeta y ensayista, si son blancos, mestizos, indígenas, varones, mujeres o extranjeros y cómo convergen en la vida político-social del país.

Recordemos también que la nación es consecuentemente limitada, pues según Anderson (1983,1991) la comunidad no puede incluir a todos los miembros de la esfera terrestre como tampoco pretende concretar tal hecho. Situación que difiere de las religiones, pues estas aspiran a ser difundidas por toda la humanidad para convertirlos en correligionarios. En suma, el imaginario nación se extenderá desde una porción geográfica determinada e incluirá un número finito de connacionales. En el ensayo podremos reparar en estas características a partir de los nombres de los lugares, de los grupos étnicos, genéricos, políticos y /o sociales que se incluyen u omiten dentro de la obra.

En cuanto a la característica de "soberana", somos conscientes de que Chile no estaba relegado a un rey en el año 1925, año en que se escribió este ensayo, como lo estaba

¹⁶ Recomendamos el artículo "Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias de una comunidad imaginada" (2008) de Luciana Andrea Mellado en *Alpha* 26, 29-45.

Anderson cuando redactó esta definición. Sin embargo, el reino español al que estuvo subyugada la colonia dejó secuelas sobre esta nación incipiente, hecho que intentaremos identificar en la obra. Por otra parte, es necesario incluir a los poderes del estado, pues estos poseen autoridad sobre los connacionales. Este hecho puede ser identificado dentro del *Balance Patriótico* a través de referencias a instituciones, personas particulares o referencias a la ex metrópoli o país colonizador, en este caso España. Creemos también que Europa evocará un pasado de sometimiento y deseo mimético al compararla con la nación o solo al admirar al viejo continente.

Respecto a la categoría de comunidad, Anderson señala que, aunque surjan inequidades y relaciones de sometimiento entre sus miembros existirá una cierta unidad y familiaridad entre ellos. Esto podremos identificarlo a partir de las referencias pronominales y cómo estas incluyen a ciertos grupos humanos o dejan fuera otros. Esta categoría nos ayudará a comprender cómo convergen los habitantes del país en el imaginario del poeta.

A continuación, analizaremos *Balance Patriótico* teniendo en cuenta las categorías señaladas en los párrafos precedentes.

1.- Los imaginados, los olvidados, los omitidos

Huidobro a modo de cuenta pública decide enumerar y desmentir todas aquellas falsedades que el país intentaba demostrar. Estas características de la patria propagadas por los políticos terminan por ser demolidas con esta desenfadada cuenta pública que imagina ciudadanos diferentes a los que pueblan la leyenda dorada. *Balance Patriótico*, incluido en el apéndice del libro *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile* de Mario Góngora (1981), retrata un paisaje decadente edificado a través de las siguientes palabras:

Un país que apenas a los cien años de vida está viejo y carcomido, lleno de tumores y de supuraciones de cáncer como un pueblo que hubiera vivido dos mil años y se

hubiera desangrado en heroísmos y conquistas. Todos los inconvenientes de un pasado glorioso, pero sin la gloria. No hay derecho para llegar a la decadencia sin haber tenido apogeo (Huidobro, 1981: 113).

Mientras en Chile se celebraban grandes fiestas conmemorando el centenario, exhibiendo grandes avances y olvidando las realidades menos afortunadas que se escondían entre los escombros, la población nadaba en una quimera de riquezas y aristocracia blanca. Huidobro con una incipiente vocación política se empeña en retratar de forma irónica y valiente, el lado silente de una nación. En la cita anterior, Huidobro describe de forma enérgica e iracunda una sociedad que ha adquirido todos los males de una aristocracia ya decadente, esto debido a la incesante táctica de imitación al continente europeo, desechando así toda muestra de sapiencia vernácula.

Uno de los primeros sujetos que utiliza Huidobro para desmontar el imaginario oficial y crear el propio es la figura del huaso, imagen supuestamente representativa del hombre rústico chileno. El huaso que se retrata en los cuadros de costumbres como símbolo de la inocencia, de la solidaridad y fortaleza robusta, además de ser morfológicamente descrito como blanco, de pómulos rosa y muy vigoroso, es descrito por el poeta como una estatua al arribismo, la charlatanería y la ignorancia identitaria. El párrafo siguiente retrata esta situación de vergüenza nacional:

El huaso macuco disfrazado de médico que al descubrirse la teoría microbiana exclama: a mí no me meten el dedo en la boca; el huaso macuco disfrazado de filósofo que al oír los problemas del transformismo dice: a otro perro con ese hueso; el pobre huaso macuco disfrazado de artista o de político que cree que diciendo: no comprendo, mata a alguien en vez de hacer el mayor elogio (Huidobro, 1981: 113-114).

Para Vicente nuestra nación es joven y, por lo tanto, se encuentra desorientada al no aceptar sus raíces, al no reconocer su mestizaje. La ciudadanía vive a la deriva desde un punto de vista ideológico e intenta vivir con la “clase” de las viejas naciones, de esta forma,

el chileno acaba por adoptar sus maneras como provinciana recién llegada a la capital. Por supuesto, aquella parodia de nación moderna solo crea falsas formas de pensar y de comportamiento, cayendo en una tragicomedia desbordante de mentiras y envidias. Una ficción que trae consecuencias graves para todo residuo nacional que no concuerda con la imagen de un Chile católico, blanco y criollo.

Un país que se jacta de sus grandes avances no puede aceptar el error como un componente de sus compatriotas, es por esto que el huaso orgulloso de su testarudez, persiste con ideas mal construidas y erróneas, celebrando, en su propia opinión, el ahínco que lo caracteriza. No obstante, Huidobro reclama la falta de erudición del país utilizando una gama de preguntas retóricas que caen como yunque sobre la mente terca del fantasioso chileno de la época. El texto a este respecto es, como en tantos otros momentos, profundamente directo y categórico: “Por eso Chile no ha tenido grandes hombres, ni podrá tenerlos en muchos siglos. ¿Qué sabios ha tenido Chile? ¿Qué teoría científica se debe a un chileno? ¿Qué teoría filosófica ha nacido en Chile? ¿Qué principio químico ha sido descubierto en Chile? ¿Qué político chileno ha tenido trascendencia universal? ¿Qué producto de fabricación chilena o que producto del alma chileno se ha impuesto en el mundo?” (Huidobro, 1981: 114).

Chile ha incursionado en el ámbito científico, no hay teorías, ni estudios que permitieran reconocer su nación imaginada como un estado desarrollado y contribuyente al conocimiento y desarrollo humano universal. Para Huidobro Chile es esclavo de una enferma mimesis hacia otras naciones. Por esta razón terminamos viviendo en un territorio que se rige por una inercia intelectual sin la más mínima muestra de raciocinio.

El poeta y ensayista se transforma en símbolo de un hombre cansado, un ser apestado de ver su tierra dormir complacida por sus anodinos avances, esto lo manifiesta a través de aquellas múltiples interrogantes que parecen no tener respuesta. Preguntas retóricas que nos hacen mirar la infectada herida. Empero debe dejarse en claro que

Huidobro no pierde esperanza en que la nación mejore, sigue aferrado a su madre agonizante, a pesar de que todas las señales le indican que ya es tarde.

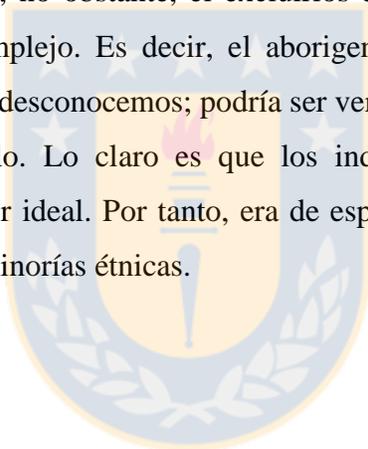
El propio poeta anunció que: “Decir la verdad significa amar a su pueblo y creer que aún puede levantarse y yo adoro a Chile, amo a mi patria desesperadamente, como se ama a una madre que agoniza” (Huidobro, 1981: 114). Su crítica ulcerosa no es más que un llamado de atención, un remezón a mano firme para quitarles la modorra a sus compatriotas. El autor sueña con una nación, que emerja con convicciones propias; con un alma: “Necesitamos lo que nunca hemos tenido, un alma. Basta repasar nuestra historia. Necesitamos un alma y un ariete, diré parafraseando al poeta íbero. Un ariete para destruir y un alma para construir” (Huidobro, 1981: 119).

En suma, Chile debe deconstruirse física e ideológicamente para poder aspirar a la sanidad del colectivo. Es necesario un ariete para destruir la puerta que los mantenía prisioneros en las letras resplandecientes de un ilusorio desarrollo. Por consiguiente, hay que incluir a otros seres, no a los de manta flamante ni a los dueños de Chile. Hablamos de los pobres, de los sujetos que resultan incómodos de ver, a ese “sesenta por ciento de la raza, sifilítica. El noventa por ciento, heredo-alcohólicos (son datos estadísticos precisos); el resto insulsos y miserables a fuerza de vivir entre la estupidez y las miserias” (Huidobro, 1981: 113). La cita denota un apocalipsis nacional. Un cuerpo en crisis al borde del colapso: “soñoliento y lánguido, arrastrando su cuerpo como un saco de pestes, su cuerpo gastado por la mala alimentación y carcomido de miserias y entre tanto la sombra de Francisco Bilbao llora de vergüenza en un rincón. ¿Qué hombre ha sabido sintetizar el alma nacional?” (Huidobro, 1981: 114). Esta nación instituyente sobrevive en harapos, hay más hombres que aquellos aristócratas dueños de bancos o viñas, hay personas que viven entre los residuos que esparcen los grandes.

Hasta ahora hemos descrito a la nación instituyente de *Balance patriótico* como un imaginario acogedor en lo que refiere a los grupos marginados, al pobre, al enfermo, al

roto, sin embargo, su imaginario no es totalmente inclusivo. Al señalar lo último nos referimos a que el autor utiliza solo artículos y sustantivos masculinos para evocar a los connacionales. Creemos que la mujer no es exiliada del discurso por un repudio a su género sino por una falta de conciencia ante ésta. La explicación está en que el sujeto no puede imaginarla como parte del contexto político porque la cultura cívica solo consideraba como ciudadanos a los hombres alfabetizados mayores de 21 años, por lo tanto, la mujer no formaba parte de un discurso político que posiciona al emisor como un iluminador ante tanta miseria.

Otros olvidados son los pueblos originarios, claro está que tampoco son parte de los ciudadanos pues en aquella época la alfabetización no estaba difundida dentro de las zonas rurales en que estos habitaban; no obstante, el excluirlos de un discurso que habla sobre identidad nacional resulta complejo. Es decir, el aborigen no sería connacional para el sujeto que imagina, la razón la desconocemos; podría ser vergüenza, indiferencia o aversión más no tenemos cómo saberlo. Lo claro es que los indígenas de nuestro país no se encontraban dentro de su lector ideal. Por tanto, era de esperar que Huidobro no añadiera como sujeto de derecho a las minorías étnicas.



2.- El territorio, los límites, los otros lugares

El territorio en el que se construye la nación tiene gran importancia pues este contribuye a la consolidación de la identidad de los connacionales. Ernest Renan se refiere a esto en su ensayo “¿Qué es una nación?” (1882):

La geografía, lo que se llama las fronteras naturales, contribuye considerablemente por cierto en la división de las naciones. La geografía es uno de los factores esenciales de la historia. Los ríos han conducido a las razas; las montañas las han

detenido. Los primeros han favorecido los movimientos históricos; las segundas los han limitado. ¿Se puede decir, sin embargo, como lo creen ciertos partidos, que los límites de una nación están escritos sobre el mapa y que esta nación tiene el derecho de apropiarse lo que sea necesario para redondear ciertos contornos, para alcanzar tal montaña, tal río, a los cuales se atribuye una especie de facultad delimitadora a priori? No conozco doctrina más arbitraria ni más funesta. Con ella se justifican todas las violencias (Renan, 1882: 10)

En un país tan fragmentado, tanto por la distancia, por los accidentes geográficos, como por los sentires y los modos de vida, resulta complejo construir una síntesis que retrate aquella gama de costumbres construida por años a partir de imposiciones arbitrarias. Es por ello que el ensayo resulta ser el género más apto para soportar toda la hibridez de un país que quiere tener más de los otros que de sí mismo. Además, este mismo género permite, con ayuda de la lengua, deconstruir la nación instituida.

Tenemos fama de imperialistas y todo el mundo nos mete el dedo en la boca hasta la campanilla. Nos quitan la Patagonia, la Puna de Atacama, firmamos el Tratado de Ancón, el más idiota de los tratados, y nos llaman imperialistas.

Advirtiendo de pasada que hubo un ministro de Chile en Argentina, el ministro Lastarria, que tuvo arreglado el asunto de la Patagonia, dejando a la Argentina como límite sur el Río Negro, y este ministro fue retirado de su puesto por antipatriota. Tal ha sido siempre la visión de nuestros gobernantes (Huidobro, 1981: 119).

El pasaje anterior, lleno de nostalgia por la pérdida de territorios que imagina el individuo desde su vivienda, remite a una nación en formación, a una “nación en pañales” que se remese en un acomodamiento de los músculos constitutivos. El mapa de la nación es inestable, por lo tanto, la idea de ésta acaba por ser vacilante. Por consiguiente, hay rencor, un rencor similar al que siente el humano cuando se le extirpa un miembro. La nación instituida tiene forma de imperio, la nación instituyente de Huidobro es la de una aldea de trashumantes.

Por otro lado, hablamos de una tierra que es trabajada arduamente por los connacionales, sin embargo, termina irremediadamente siendo explotada por poderosos empresarios extranjeros. Es así como la nación enferma descrita por Huidobro es despojada de sus materias primas, de toda su fortuna natural hasta que solo queda un esqueleto, un pedazo de tierra lleno de perforaciones por el metal extranjero que desgarrar las entrañas del cadáver nacional. Las siguientes palabras encarnan esta situación imaginada y digerida por la potente pluma del poeta:

Y así vienen, así se dejan caer sobre nosotros; las inmensas riquezas de nuestro suelo son disputadas a pedazos por las casas extranjeras y ellos viendo la indolencia y la imbecilidad troglodita de los pobladores del país, se sienten amos y les tratan como a lacayos, cuando no como a bestias. Ellos fijan los precios de nuestra materia prima al salir del país y luego nos fijan otra vez los precios de esa misma materia prima al volver al país elaborada (Huidobro, 1981: 114-115)¹⁷.

No obstante, el pueblo chileno no merece ser categorizado en el grupo de los inocentes y este es el momento en que se produce la autocritica de la nación. Huidobro trata a Chile como una masa inerte que se deja manosear por la ambición de los otros, es decir, como un grupo humano sin identidad fija, un grupo fatalista incapaz de racionalizar frente a lo que ocurre en sus narices. Chile subsidia su tierra de a poco mientras el pensamiento crítico se deshace entre tratados empresariales: “No es culpa del extranjero que viene a negocios en nuestra, tierra. Se compra lo que se vende; en un país en donde se vende conciencias, se compra conciencias. La vergüenza es para el país. El oprobio es para el vendido, no para el comprador” (Huidobro, 1985: 115).

El extranjero limítrofe es visto como un par que avanza más rápido, empero esta velocidad no es causada por una superioridad biológica o material sino por la ineficiencia de la autoridad nacional, pues ésta atenta contra la geografía chilena con más fuerza e

¹⁷ La actualidad de la reflexión de Huidobro llega a estremecer en algunos pasajes de su *Balance*, como el que motiva esta nota al pie.

inclemencia que un fuerte sismo natural. Chile se queda atrás por causa de los poderosos, nueva relación causa-efecto que sumerge a los pobres y menesterosos gracias a la ambición de una plutocracia indigna y llena de modorra. El ensayo describe punzantemente lo señalado:

Los países vecinos pasan en el tren del progreso hacia días de apogeo y de gloria. El Brasil, la Argentina, el Uruguay ya se nos pierden de vista y nosotros nos quedamos parados en la estación mirando avergonzados el convoy que se aleja. Hasta el Perú hoy es ya igual a nosotros y en cinco años más, en manos del dictador Leguía, nos dejará también atrás, como nos dejará Colombia, que se está llenando de inmigrantes europeos.

¿Y esto debido a qué? Debido a la inercia, a la poltronería, a la mediocridad de nuestros políticos, al desorden de nuestra administración, a la chuña de migajas y, sobre todo, a la falta de un alma que oriente y que dirija (Huidobro, 1981: 117).

En conclusión, el individuo imagina una comunidad limitada entre una fructífera geografía que acaba por convertirse en un cadáver por la mala administración de los gobernantes que no se inmutan mientras las rapaces entidades extranjeras se llevan el alma y escupen despojos, una zona económica exclusiva de todos los que no son chilenos. El imaginario geográfico se reduce a un “Chile -que- aparece como un inmenso caballo muerto, tendido en las laderas de los Andes bajo un gran revuelo de cuervos” (Huidobro, 1981: 115).

3.- La soberanía, los poderosos pasados, los presentes, las secuelas y las heridas

Ya no es época de reyes, Chile ya no es una colonia, pero aun así queda algo de ella. La principal repercusión de este sentimiento se ve en las reacciones de los poderes del estado en los cuales recae la soberanía de la prole hambrienta y de las tierras fértiles que

acaban por convertirse en peladeros. Es así como los componentes de la clase política del país, al igual que en *El roto* de Edwards Bello, son tratados como personajes sin ética, guiados por una avaricia incontrolable y por el hambre de poder, que contrasta con una ignorancia sin límites y la desorientación del político primerizo.

Y esos prohombres de la política chilena, esos señores que entregan el país maniatado por una sonrisa de Lord Curzon y unos billetes de Guggenheim, no se dan cuenta que cada vez que esos hombres les dan la mano, les escupen el rostro. ¡Qué desprecio deben sentir los señores del cobre por sus abogados! (Huidobro, 1981: 115).

El aprecio casi llevado a la idolatría de la europea, tan alejada de la nuestra, lleva a los empresarios y clase política a regalar el país por unos centavos, con tal de estar cerca de ellos. Ese arribismo de “raza” incesante que los hace renegar de la suya propia proviene de los primeros días de la nación e incluso antes. Las consecuencias de esas palabras llevan a la clase dirigente a venderse cual meretriz con tal de convivir en equidad con ellos. Huidobro se mofa de esta situación, la aborrece y se avergüenza al ver a un país dirigido por un grupo de zalameros idiotizados por los colores de piel, efecto que es causa de un territorio colonizado que debió subsistir ante la figura de un rey invisible que los vigilaba desde el otro lado del océano. Hay una especie de orfandad que Eduardo Restrepo y Axel Rojas problematizan en su libro *Inflexión Decolonial* (2010) y que compendian en los siguientes términos:

El grueso de las narrativas históricas, sociológicas, culturales y filosóficas que circulan sobre la modernidad, incluso en sus versiones críticas, son el resultado de enfoques euro-centrados e intra-modernos (cfr. Escobar 2003). Es decir, de un lado suponen que la modernidad se origina en Europa y que de allí es exportada o se difunde, con mayor o menor éxito, a otros lugares del mundo y, de otro, asumen que la modernidad se entiende desde problemáticas y categorías modernas (Restrepo, 2010: 18).

Al perder la guía intelectual del viejo continente, Chile siente una desorientación patológica que se refleja en las decisiones del poder, tanto de la aristocracia de apellidos vinosos como de la plutocracia de apellidos bancosos. El poeta describe el actuar de ambas con los siguientes párrafos:

La primera giraba a todos los vientos como veleta loca, para caer luego en el mismo desorden y en la misma corrupción que atacara en el Gobierno derrocado, echando sobre las espaldas de un solo hombre culpas que eran de todos; pero más que de nadie, de aquellos que, en vez de ayudarlo, amontonaban los obstáculos en su camino.

La segunda, hecha por un grupo de verdaderos idealistas, se diría que principia a desflecarse y a perder sus rumbos iniciales al solo contacto de la eterna lepra del país, los políticos viejos.

¿Hasta cuándo tendrán la ingenuidad de creer que esa gente va a enmendarse y cambiar de un solo golpe sus manías del pasado, arraigadas hasta el fondo de las entrañas, como quien se cambia un paletó? (Huidobro, 1981: 119).

Claramente los políticos del país no están respondiendo ante las necesidades de una nación que crece, a diario ven cómo los derechos de los más desposeídos son evadidos ante las necesidades de las grandes empresas que se instalan en el país indiscriminadamente. Lo anterior nos hace recordar las siguientes palabras de Michel Foucault en *Genealogía del racismo* (1996) cuando apunta que “el poder es esencialmente el que reprime; el poder reprime por naturaleza, a los instintos, a una clase, a individuos” (Foucault 1996: 24).

Para el ensayista existe una páfida mafia administradora del patrimonio nacional pues estos son tomados por ladronzuelos de la horrible estampa. De esta manera termina comparándolos con Francisco Falcato, conocido por su astucia y capacidad de burlar a las autoridades de la época en lo que respecta al robo de ganado, pero le otorga mayor superioridad a éste que por lo menos tenía coraje¹⁸. En resumidas cuentas, el autor ha

¹⁸ La dureza de las expresiones del poeta se hacen presentes nuevamente cuando a este propósito señala: “La historia financiera de Chile se resume en la biografía de unos cuantos señores que asaltaban el erario nacional,

perdido su fe en los conductores de la nación, y grita colérico por el cambio. Su Chile necesita un cambio de rumbo, pero para que esto ocurra se necesita gente nueva, se necesitan jóvenes mentes con ideas rebosantes de pasión, alejadas de las secuelas de una colonia perdida al fin del mundo.

Este canto de la cólera del poeta también recae sobre el poder sancionador del país: la justicia. Huidobro no encuentra una diferencia en el modo de actuar de este poder que es imprescindible para la buena marcha del país. Él dice que:

La Justicia de Chile haría reír, si no hiciera llorar. Una Justicia que lleva en un platillo de la balanza la verdad y en el otro platillo, un queso. La balanza inclinada del lado del queso.

Nuestra Justicia es un absceso putrefacto que empesta el aire y hace la atmósfera irrespirable. Dura o inflexible para los de abajo, blanda y sonriente con los de arriba. Nuestra Justicia está podrida y hay que barrerla en masa. Judas sentado en el tribunal después de la crucifixión, acariciando en su bolsillo las treinta monedas de su infamia, mientras interroga a un ladrón de gallinas (Huidobro, 1981: 116).

La corrupción en la que se viera envuelta la clase política, es la misma que tiene embarrada hasta la balanza de la justicia. Una justicia que es capaz de taparse los ojos por dinero y destaparlos por la falta de éste. Una justicia que discrimina por apellido y por patrimonio, no hace otra cosa que favorecer a aquellos que se roban la patria a pedazos para luego venderla por el mínimo de su precio. Situación, por cierto, que no es exclusiva de esta nación imaginada, como apunta Michel Foucault en *La vida de los hombres infames* (1996): “La justicia hace reír cuando es tan indolente que no llega a pronunciar veredicto. Pero es quien reparte la muerte con gesto casi adormecido...” (Foucault, 1996: 91). En este caso son los más débiles quienes deben pagar el precio.

como Pancho Falcato asaltaba las casas de una hacienda. Pero aquéllos más cobardes que éste, porque el célebre bandido por lo menos exponía su pellejo” (Huidobro, 1981: 116).

Una Justicia tuerta. El ojo que mira a los grandes de la tierra, sellado, lacrado por un peso fuerte y sólo abierto el otro, el que se dirige a los pequeños, a los débiles. Buscáis a los agitadores en el pueblo. No, mil veces, - el más grande agitador del pueblo es la Injusticia, eres tú mismo que andas buscando a los agitadores de abajo y olvidas a los de arriba (Huidobro, 1981: 116).

Vicente ve el detonador de una nación desunida e irritada en las injusticias en que se ven envueltos sus connacionales día a día. El dolor de ver a una patria dividida por personas que han abusado de la amabilidad de esta tierra, es lo que sulfura a nuestro autor. La gente se ha acostumbrado a vivir a escondidas en las oscuridades, se limita a subsistir como mejor pueda ante el desamparo de una nación que les da la espalda.

Las instituciones como la municipalidad y el congreso no se quedan fuera de la cuenta pública de Huidobro. Instituciones que debieran estar al servicio de la nación, se transforman en piedras pesadas, símbolos de la ignorancia y la pereza.

Un Congreso que era la feria sin pudicia de la imbecilidad. Un Congreso para hacer onces buenas y discursos malos.

Un municipio del cual solo podemos decir que a veces poco ha faltado para que un municipal se llevara en la noche la puerta de la Municipalidad y la cambiase por la puerta de su casa. Si no empeñaron el reloj de la Intendencia y la estatua de San Martín, es porque en las agencias pasan poco por artefactos desmesurados (Huidobro, 1981: 117).

Desde los más altos cargos, hasta lo más bajos y cercanos al pueblo se corrompen por el dinero de todos los ciudadanos. Personas poco aptas para ocupar cargos públicos terminan trabajando por sus intereses personales, poco importándole el camino que está tomando el país. En resumidas cuentas, tanto el ejecutivo, invisible endeble, como el congreso, ignorante, hampón, y la justicia herramienta o artefacto de los anteriores no acaban más que pervirtiendo el actuar de las capas bajas que terminan siendo juzgadas

mientras los verdaderos vándalos infames circulan por los edificios institucionales con la corbata puesta y la cara llena de burla al verse dueños de un micromundo.

4. La comunidad, sus vicios, sus ambiciones, sus grupos

Para referirnos a comunidad retomaremos las palabras de Anderson, el cual nos define el concepto nación como una comunidad política imaginada. Esto nos lleva a plantearnos la nación como una construcción de características que nos hagan sentir parte de la misma región geográfica, región que, por supuesto se creó a raíz de diversos procesos independentistas y de guerra, variando así el margen que conforma esta comunidad. Huidobro en *Balance Patriótico* también nos dirige ciertas palabras a lo que nosotros conocemos como nación:

¡Crisis de hombres! ¡Crisis de Hombres! ¡Crisis de Hombres!

Porque, como dice Guerra Junqueiro, una nación no es una tienda, ni un presupuesto una Biblia. De la mera comunión de vientres no resulta una patria, resulta una pira. Socios no es lo mismo que ciudadanos. Al hablar de Italia decimos: la Italia del Dante, la Italia de Garibaldi, no la Italia de Castagneto, y es que el espíritu cuenta y cuenta por sobre todas las cosas, pues el espíritu eleva el nivel de una nación y de sus compatriotas (Huidobro, 1981: 118).

De algún modo Vicente nos instruye sobre cómo, a su juicio, se forma una nación. Para el poeta esta comunidad no se gesta por la reunión de gentes que han nacido en el mismo territorio, tampoco por un nivel económico que los lleve a proteger los mismos intereses. Una comunidad, una nación se conforma por los mismos sentires, por las mismas ganas de trabajar en torno a una ilusión en común, y ésta siempre debe ser el bienestar de los connacionales. Dejando de lado el término metafórico de alma, podemos traducirlo

como la pasión y el amor de quienes comparten los mismos sueños de progreso (mayor salud, mejores sueldos, una educación óptima, plenitud, felicidad, paz).

En su afán argumentativo Huidobro se vale de datos concretos como lo son los porcentajes o cifras preocupantes. Dicha preocupación pasa fundamentalmente por tres líneas: las enfermedades, la falta de educación, los vicios.

El sesenta por ciento de la raza, sifilítica. El noventa por ciento, heredo-alcohólicos (son datos estadísticos precisos); el resto, insulsos y miserables a fuerza de vivir entre la estupidez y las miserias. Sin entusiasmo, sin fe, sin esperanzas. Un pueblo de envidiosos, sordos y pálidos calumniadores, un pueblo que resume todo su anhelo de superación en Cortar las alas a los que quieren elevarse y pasar una plancha de lavandera sobre el espíritu de todo aquel que desnivela el medio estrecho y embrutecido (Huidobro, 1981: 113).

Datos como los anteriores se mantienen ocultos entre festividades nacionales. Huidobro pronuncia verdades insoportables¹⁹ para el resto de la comunidad letrada. Sin duda, la visión propuesta es negativa y poco auspiciosa, pero sin duda un diagnóstico como este es necesario para provocar un despertar, para provocar movimientos que los lleven a buscar soluciones. Mientras desde la oficialidad la nación intenta enmarcarse en una imagen de inocencia y esfuerzo, aludiendo muchas veces a la utopía de la bondad campesina, Huidobro la sumerge en la envidia y la muestra al mundo sobre una gran montaña de ignorancia.

Nuestro autor a modo de cirujano discrimina aquellas partes del cuerpo-nación enfermas y las enumera con un toque de esperanza propia de un hombre con aires de mesías. Estos vicios, son propios de una nación desesperanzada y envidiosa, que lucha a diario por crear un espejismo de sus ideales y de su gente con afán de entrar en el baile luminoso de los países desarrollados. “La envidia o el odio al poder de surgir de un

¹⁹ Locución acuñada por Antonin Artaud al referirse al carácter transgresor, anticipatorio e iluminado de los discursos de sujetos alienaos, Van Gogh por ejemplo. Mayores antecedentes en *Van Gogh el suicidado por la sociedad* (Buenos Aires: Argonauta, 2007).

compatriota es uno de los cánceres que posee esta nación”. Huidobro añade: “El odio a la superioridad se ha sublimado aquí hasta el paroxismo. Cada ciudadano es un Herodes que quisiera matar en ciernes la luz que se levante. Frente a tres o cuatro hombres de talento que posee la República, hay tres millones setecientos mil Herodes” (Huidobro, 1981: 113). Una sociedad subdesarrollada, que siempre ha debido ver el lujo y la ciencia desde una vitrina inalcanzable, ha crecido envuelta en la envidia y el deseo de tener aquello que no puede poseer.

El texto ensayístico de Vicente Huidobro en una lectura superficial podría darnos cuenta de una mirada cansada y pesimista, un escrito desesperanzador que no ve un avance en la forma de construir y manejar a la nación. Sin duda es un texto que rompe con los mitos fantasiosos que intentaban retratar al país como una potencia entre los países americanos. Pero la verdad es que entre los gritos desgarradores del pequeño dios se deja entrever una esperanza, por ello no se calla y sigue enrostrando los vicios y males. Para poder sanar primero hay que diagnosticar.

La esperanza de nuestro autor recae en las nuevas generaciones, que se escapan a duras penas de las garras de la envidia y de la enviciada forma de dirigir la nación: “El país no tiene más confianza en los viejos, no queremos nada con ellos. Entre ellos, el que no se ha vendido, está esperando que se lo compren” (Huidobro, 1981: 119). Las malas costumbres presentes en la clase política, no serán fácilmente erradicadas en una nación que se construyó en base a robos y violencia.

Como la suma de latrocinios de los viejos políticos es ya inconmensurable, que se vayan, que se retiren. Nadie quiere saber más de ellos. Es lo menos que se les puede pedir.

Entre la vieja y la nueva generación, la lucha va a empeñarse sin cuartel. Entre los hombres de ayer sin mis ideales que el vientre y el bolsillo, y la juventud que se levanta pidiendo a gritos un Chile nuevo y grande, no hay tregua posible.

Que los viejos se vayan a sus casas, no quieran que un día los jóvenes los echen al cementerio (Huidobro, 1981: 120).

Balance patriótico da cuenta del llanto de una nación que adolece por las malas decisiones de entidades sin escrúpulos, que ha vendido su tierra a pedazos sin tener en cuenta a aquellos que se desviven por tratar de cumplir los viejos sueños esperanzadores que se fijaran en los inicios de Chile.



CONCLUSIÓN: Cierre y proyecciones

En el transcurso de *Balance nacional de un imaginario roto: Memoria y retrato de los olvidados* nos topamos con una gama amplia de opiniones divergentes respecto de las aristas que componen el imaginario nacional de *El roto* de Joaquín Edwards Bello y de *Balance Patriótico* de Vicente Huidobro. Dos obras que, sin duda alguna, constituyen una crítica reflexiva respecto a la situación país vivida por los autores, pero sin despegarse de los recursos retóricos propios del discurso de un artista. Dicho de otra forma, hablamos de textos creados con una finalidad político-social, pero que sin embargo no se desvinculan del arte literario.

El roto forma parte de la tradición literaria chilena y ha sido catalogado como clásico, por lo tanto, la bibliografía crítica revisada fue más variada y contundente. A diferencia de la obra de Edwards, *Balance Patriótico*, ensayo difundido en la revista literaria *Acción*, no ha sido estudiado mayormente pues fue la producción poética (*Altazor*, *Temblor de cielo*, *Espejo de agua*, etc.), seguida de las obras narrativas (*La hija del guardaguijas*, *Papá o el diario de Alicia Mir*) y sus obras dramáticas (*Cagliostro*, *En la luna*), las que han acaparado la atención de la crítica del poeta, desestimando tal vez por su virulencia el ensayo que nos ha ocupado en estas páginas. Condición que deja a *Balance Patriótico* perdido en el amplio cajón de anécdotas que sigue cargando la figura del Huidobro.

De esta forma, logramos percatarnos que *Balance Patriótico* quedó un tanto desplazado del circuito literario, no obstante, esta situación no se repite en el ámbito

periodístico –e inclusive historiográfico- plataforma donde se ha usado como referencia en contados artículos para comparar momentos políticos acontecidos en el país con los tiempos vividos por Huidobro.

Nuestra lectura respecto de *El roto* tendió a divergir de la crítica contemporánea al autor y la de años medianamente posteriores a éste (Cruz, Urbistondo, Rioseco, Díaz Arrieta, Brunet) que criticaban el contenido y la forma de escritura que poseía Edwards Bello. Sin embargo, tal vez la mayor injusticia con el texto fue aquella pronunciada por cierto sector empoderado y conservador al calificarlo de indecoroso debido a la descripción de los sujetos infames (Foucault) invisibilizados por el poder central. Muy pocos fueron los críticos que apoyaron la difusión de esta obra, y quienes lo hicieron fue debido a que le asignaban a *El roto* un carácter de crítica social necesario. No obstante, concordamos con algunos autores recientes (Promis, Alvarado, Gálvez Comandi, Witto Mättig, & Kottow) que valoran la obra y al autor debido justamente a que pertenece a un grupo de intelectuales críticos y reflexivos respecto del contexto país y su propia clase social.

En base a lo anterior, podemos señalar que cumplimos con el objetivo principal de la investigación, es decir, analizar la imagen de nación construida por Vicente Huidobro y Joaquín Edwards Bello en las obras *Balance Patriótico* y *El roto*, análisis que pudimos realizar mediante la descripción pormenorizada de los elementos con que Joaquín Edwards Bello construyó su imagen de “nación” en la obra *El roto* y de los elementos con que Vicente Huidobro hizo lo propio con su *Balance Patriótico*.

En *El roto* el autor como artista intenta contarnos a través de representaciones “realistas” una realidad olvidada u oculta (dependiendo de las perspectivas con las que se mire), un sector de la nación que se había intentado erradicar de la construcción nacional a la que aspiraba el poder. Es precisamente aquí donde la literatura juega un papel esencial para catalizar el proceso de recordar, en un momento donde la literatura se inclinaba por novelas de tipo más bien criollista, *El roto* viene a romper con aquello, no porque fuera mejor o peor, sino porque, como señalamos anteriormente, se hace imprescindible mostrar la otra cara de la nación.

Desde la molestia, desde la crisis, es de donde nacen las nuevas prácticas, las nuevas formas de hacer las cosas, la nueva forma de escribir, de pensar y de mirarnos a nosotros mismos. Por ello, *El roto* no necesitaba utilizar un lenguaje tan primoroso, ni personajes de corte romántico, con pieles tersas y cabellos bien peinados. La novela de Edwards se aleja del lenguaje embellecedor para utilizar un lenguaje destructor, que provoque un estremecimiento al lector.

De esta manera, la literatura se transforma en una plataforma para exponer los discursos divergentes (minoritarios, marginales, menores, otros) por sobre una reemisión de los juicios emitidos por las instituciones de poder (mayoritario, central, molar, único). La literatura es el medio que intenta sacar a flote las entrelíneas y hasta los espacios vacíos de los discursos oficiales, se construye mediante las realidades que el poder intenta acallar, es el discurso de la infamia, reflexión emitida por Foucault, confirmada en las páginas de nuestra investigación.

Evaluamos como positivo este trabajo de escritura pues logramos exponer la configuración de la imagen nacional a partir de la descripción de la geografía, los lugares, de las instituciones que son nombradas en la obra, y de sus personajes y los estereotipos en que son agrupados. En base a estos objetivos es que logramos vislumbrar los miedos, los olvidos y las injusticias relatadas a través la visión de Edwards. A través del análisis del lenguaje y las imágenes creadas por el autor en la novela es que logramos oír las voces de los acallados, a pesar de ser un discurso liberador y remecedor se deja fuera de este a las historias de los pueblos originarios.

Por otro lado, en Huidobro fuimos capaces de describir y analizar aquellos componentes que construyen su imaginario, evidenciando a través de su lenguaje un cansancio y un reproche virulento a una nación que cumplía cien años sin progresos reales. Para tal descripción nos valimos de la definición propuesta por Benedict Anderson y dividimos el análisis en los sujetos imaginados, el territorio, la soberanía y la comunidad retratada por Huidobro en su ensayo. A partir de ello pudimos rostrificar el imaginario nacional representado por el poeta chileno. Un Chile que no incluye mujeres, ni pueblos

originarios y que nuevamente deja a los poderes del estado funcionando a su favor, donde una nueva y una vieja aristocracia funcionan llevándose consigo al resto de la nación que paga las culpas de los adinerados mientras se enferma en un territorio séptico y explotado por el extranjero.

En síntesis, podemos asegurar el cumplimiento de nuestra hipótesis: el ensayo *Balace Patriótico* de Vicente Huidobro y la novela *El roto* de Joaquín Edwards son dos textos que polemizan con el imaginario nación propuesto por los poderes centrales a través de la construcción de un nuevo imaginario nacional, más inclusivo (con las paradojas señaladas antes), donde sujetos y situaciones minoritarias o marginales también tienen algo que aportar al estado actual del país. Un trabajo como el realizado, visibilizando las minorías, los saberes menores y los márgenes, propicia una actitud crítica y productiva de los lectores quienes, creemos, son invitados no solamente a leer aquello nombrado o aludido explícitamente sino también a leer los silencios, los espacios en blanco y las insinuaciones, eje que viene a completar cualquier iniciativa que pretenda dar cuenta de una situación. Ambos autores diagnostican a una nación enferma, a través de un lenguaje ácido y controversial con el fin de remover a un país que trataba con ahínco de ocultar los síntomas del subdesarrollo. Tanto Huidobro como Edwards fueron estigmatizados dentro del ámbito literario por su procedencia aristocrática, pero sin duda debemos rescatar la labor de denuncia hacia al poder y la exposición de los personajes silenciados por una sociedad jactanciosa e inconsciente de sus males.

No obstante, el total de los autores trabajados no comparte nuestra opinión. Ciertos personajes contemporáneos definieron la generación de Huidobro como “*aguafiestas*”, llamados así por los historiadores o la *generación descristalizadora*, denominada así desde un punto de vista literario, no puede ser calificada como una generación completamente inclusiva pues, dependiendo de sus fines (universo político en el caso de Huidobro) y las limitaciones de la época, siempre podrá percibirse un sesgo a la hora de considerar a ciertas entidades dentro de la comunidad, recordemos que para hablar de comunidad hay que pensar en cierta igualdad entre sus miembros, es por ello que reconocemos un discurso que

omite a la mujer en *Balance Patriótico*, además de ciertos adjetivos, en ambas obras, que en nuestra época podrían percibirse como peyorativos y discriminadores. Tampoco se trata a los indígenas como sujetos de derechos, se les excluye del discurso oficial de nación, borrándolos de la historia. Los niños tampoco tienen cabida en el texto de Huidobro, una realidad que tristemente sigue existiendo hasta el día de hoy, donde niñas y niños no son consultados en reformas que los afectan directamente. El tema de la infancia excluida, es un punto que extrapola los fines de nuestra tesis, pero que puede ser revisado en futuras investigaciones, a raíz de la contingencia nacional, donde se están viviendo nuevas legislaciones a nivel país en torno a este tema.

Para finalizar, podemos agregar que hoy en día, imaginando nuevamente nuestra nación y recopilando escritos que puedan darnos cuenta de ésta, nos atrevemos a asegurar que no estamos tan lejos de la nación imaginada en las obras examinadas. Sino que aún podemos percibir estereotipos que intentan ser expulsados de la publicidad nacional. Todavía podemos ver grupos vandálicos donde sus integrantes no superan la mayoría de edad, madres solteras sin apoyo que deben esforzarse por trabajar y criar a sus hijos en ambientes nocivos, aún hay enfermos aquejados con nuevas epidemias que no queremos ver y mueren marginados del panóptico higienista.

Chile no nos parece tan distinto, aunque las cifras han variado significativamente, al parecer, en busca de ese tan anhelado desarrollo. El fin de esta investigación fue reflexionar y preguntarnos ¿Qué territorio veo cuando imagino a Chile? ¿Qué sujetos percibo cuando imagino a los chilenos? ¿Cómo son esos sujetos? ¿Son sanos? ¿Son blancos, hombres, mujeres? ¿Pertenece a algún pueblo indígena? ¿Fueron a la escuela o a la Universidad? ¿Viven cerca del panóptico? ¿Incluyo al sujeto rural y cómo lo veo? ¿Cambia la percepción de los miembros de mi comunidad según su cercanía al panóptico? ¿Sigo creyendo que el sujeto rural es puro? ¿Chile sigue siendo un cuerpo enfermo? ¿La enfermedad es degenerativa y visible o se esconde en un órgano interno?

Al parecer las respuestas a estas preguntas no serían positivas. El Chile de hoy y el de ayer no posee las mejoras que esperarían los intelectuales de antaño. El Chile rodeado de

las luces de la cultura y la educación, nunca existió, las esperanzas de Huidobro y Edwards siguen siendo sueños inconclusos. La nación sigue nutriéndose de espejismos creados bajo los intereses y conveniencias de las instituciones de poder. A doscientos años del nacimiento de nuestra nación, el balance del crecimiento del país, sigue estando desnivelado a favor de la corrupción, de la desinformación y la poca preocupación por la educación. Frente a lo anterior, los intelectuales de nuestro tiempo reflexionan sobre la historia reciente donde pareciera que la causa de todos los males estuviera en el golpe militar, pero olvidan que la enfermedad comenzó hace muchos años o quizá todos creyeron mejorar y este evento fue una recaída. Esperamos que para nuestro tricentenario los sueños de miles de chilenos hayan dejado de ser solo ilusiones, para convertirse en hechos concretos. Las grandes naciones se construyen desde las crisis, esperamos que Chile no sea una excepción a la regla.





BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, M. (2010). Ni aristócratas, ni rebeldes, ni tristes ni contentos: Escritura y Revistas Literarias de Joaquín Edwards Bello, Teresa Wilms Montt y Vicente Huidobro. *Literatura y Lingüística*, 29-44.
- Álvarez, I. (2009). *Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Anderson, B. (1983, 1991,). *Comunidades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México DF: Fondo de cultura económica de México.
- Beristáin, H. (1995). *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa, S.A.
- Carvajal Muñoz, O. (2010). "Josep Pla y Joaquín Edwards Bello: un ejercicio comparado de dos cronistas modernos". (Tesis inédita para optar al grado de Licenciado en lengua y literatura hispánicas con mención en literatura), Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Castany-Prado, B. (2007). Reseña de Comunidades imaginarias, de Benedict Anderson. *Konvergencias, filosofía y culturas en diálogo*, 1-16.
- Celedón, G. (2013). Precio y desprecio: economía y amor propio. *La cañada*, 169-188.
- Coloane, F. (1971). Presentación. En J. Edwards Bello, *Obras escogidas* (págs. 7-29). Santiago: Andrés Bello.
- Darrigrandi, C. (2015). "Gente que uno ve pasar sin dejar sin dejar huella" El roto en las portadas de la novela de Joaquín Edwards Bello. *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXXI, 73-93.
- Escobedo, A. G. (1990). El estado en Mario Góngora, una noción de contenido spengleriano. *Historia*, 37-79.
- Foucault, M. (2001). *Defender la Sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- (1996). *Genealogía del racismo*. Argentina: Altamira.
- (1996). *La vida de los hombres infames*. Argentina: Altamira.
- Gálvez Comandini, A. (2011). De lacra social a proletaria urbana. La novela social y el imaginario de la prostitución urbana en Chile: 1902-1940 (Tesis inédita de Magíster), Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Godoy, J. (1939). Breve ensayo sobre el roto. *Atenea*, 33-40.

- Góngora, M. (1981). *Ensayo histórico sobre noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones la ciudad.
- González Cangas, Y. (2002). "Que los viejos se vayan a sus casas". En Feixa C., & Costa C. (Comp.). *Movimientos juveniles de la globalización a la antiglobalización* (pp. 59-91). Barcelona: Ariel.
- Guerrero, L. (1963). La Novela Reciente en Chile. *Journal of Inter-American Studies*, 379-395.
- Hozven, R. (2006). La ciudad de Santiago de Chile en el sentir de Joaquín Edwards Bello y de Jorge Edwards. *Revista Chilena de Literatura*, 5-23.
- Jocelyn-Holt, A. (-- de agosto de 2007). Transcripción de entrevista a Alfredo Jocelyn -Holt. (C. Warken, Entrevistador)
- Kottow, A. (2009). Machos, lachos, padres e hijos en la obra de Joaquín Edwards Bello. *Revista UDP Pensamiento y cultura N 8*, 135-145.
- Martínez, J. (2003). Chilenos Madrid. Joaquín Edwards Bello. *Anales de la literatura chilena*, 73-91.
- Mira, M. (2008). La vanguardia política en Vicente Huidobro: el paso de una postura estética hacia la militancia política. *Revista de historia y patrimonio* 1: 1: 40-51.
- Molina, S. (2011). Educación Pública: Punto Crucial entre el Centenario y el Bicentenario Chileno. *Revista Nomadías*, 205 - 212.
- Montiel, E. (2002). "El ensayo", centauro de los géneros. En Montiel, E. *El humanismo americano. Filosofía de una comunidad de naciones*. Lima: Fondo de Cultura Económica (pp. 169-177).
- Morales, L. (2009). Crónica y crítica de la vida cotidiana chilena. *Revista chilena de literatura*, 57-78.
- Moya, O. (2012). *La prostitución en la prensa obrera de Santiago, 1900-1925* (Tesis inédita de pregrado). Universidad Academia de Humanismo Cristiano Santiago, Chile.
- Palma, J. A. (7 de diciembre de 2003). "Necesitamos lo que nunca hemos tenido, un alma". *El labrador*, p. 19.
- Pinedo, P. J. (2011). Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el centenario: 1900-1925. *América sin nombre*, 16, 29-40.

- Piña, J. A. (1974). Joaquín Edwards Bello: Chile a través de la crónica. En línea Biblioteca Universidad Alberto Hurtado. Disponible en http://biblioteca.uahurtado.cl/ujah/msj/docs/1974/n227_102.pdf
- Promis, J. (1977). En torno a la nueva novela hispanoamericana: reubicación de un concepto. *Chasqui. Revista de literatura hispanoamericana* 7.1, 925-933.
- Quer Antich, S. (18 de febrero de 1994). Huidobro político. *La época*, p. 14.
- Renan, E. (1882). ¿Qué es una nación? *Conferencia dictada en la Sorbona* (págs. 1-12). Paris: ed. digital: Franco Savarino, 2004.
- Restrepo, E. y Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial*, Popayán, Colombia, Universidad del Cauca, Instituto Pensar, Universidad Javeriana.
- Rioseco Torres, A. (1939). La novela de ciudad. En Rioseco, A. *Novelistas contemporáneos de América* (pp. 271-307). Santiago: Nascimento.
- Soto, H. (2008). Local y visita: El doble eje de Joaquín Edwards Bello. *Estudios Públicos*, 333-351.
- Subercaseaux, B. (2010). "Chile es mi segunda patria" vanguardia heroica y recepción nacionalista. *Atenea*, 53-71.
- (2007). Literatura, nación y nacionalismo. *Revista chilena de literatura* Número 70, 5-37.
- (2007). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile tomo IV Nacionalismo y cultura*. Santiago: Universitaria.
- Urbistondo, V. (1966). Joaquín Edwards Bello. En Urbistondo, V. *El naturalismo en la novela chilena* (pp. 97-180). Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Uribe Echeverría, C. (2009). El culto a lo feo y el invunchismo en Chile según Joaquín Edwards Bello. *Revista chilena de literatura*, 233 - 258.
- Vásquez, J. R. (1989). El roto de Joaquín Edwards Bello: El texto como transformación (Tesis inédita de Magíster). Universidad de Concepción, Concepción, Chile.
- Vicuña, M. (2012). Joaquín Edwards Bello: un hombre que saludaba cómo despidiéndose. *Revista UDP* 09, 76-83.
- Vinolo, S. (2011). Ipseidad y alteridad en la teoría del deseo mimético de René Girard: la identidad como diferencia. *Universitas Philosophica*, 17-39.

Witto Mättig, S., & Kottow, A. (2012). La ciudad de la furia. Anotaciones en torno a "El roto" de Joaquín Edwards Bello. *Revista de Ciencias Sociales*, 225-249.

Zerán, Faride. (2000). Periodismo, transición y cambio cultural. *Comunicación y medios*, 12.

